

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — Tomo XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 899.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

## SUMARIO.

**El Alto Tribunal de Justicia en Tours;** grabados. — **Viajes.** — Una aventura de lord Byron. — **Revista de Paris.** — **Poesia.** — Fallecimiento y funeral de Monseñor de Bonald, cardenal arzobispo de Lyon; grabado. — **Sucesos de España;** grabado. — La caza del elefante. — **La sétima esposa,** novela china. — **Enrique de Biancney,** escritor francés; grabado. — **Epidemia de viruelas en Paris;** grabado. — **Embellecimientos de Marsella;** grabado. — **El Doctor Témis.** — **Puerto de Burdeos;** grabado.

### El Alto Tribunal de Justicia en Tours.

El 21 de marzo se abrirán los debates del drama de Auteuil ante el alto tribunal de Justicia; pero desde hace ya dias la capital del *Jardin de la Francia* presenta tal animacion, tanto movimiento, que un aire de fiesta parece disimular á todos los ojos la sombría imagen de ese gran drama judicial.

Diariamente llegan á Tours noticias, rumores, apre-

ciaciones, y sobre todo, un nuevo contingente de curiosos. Las fondas, ocupadas por completo, han tenido la excelente idea de apelar á sus amigos los vecinos de la ciudad, y de este modo la hospitalidad de Tours encontrará superabundantes recursos.

Y las noticias se cruzan sin interrupcion. Ha llegado la princesa, han llegado los magistrados, ha llegado el príncipe, y se disputan con encarnizamiento el corto número de puestos disponibles en la sala de la audiencia.



ALTO TRIBUNAL DE JUSTICIA. — Vista exterior del palacio de Justicia de Tours.

Verdaderamente, acerca de este punto se necesitaría un milagro para que todo el mundo quedase satisfecho. La sala podrá contener cuando mas 400 espectadores, y estos últimos días se contaban ya mas de 5,000 pedidos de billetes.

Sea como quiera, no creemos tener que advertir á nuestros lectores que están tomadas todas nuestras medidas para continuar en un asunto tan interesante los informes exactos y precisos que desde el primer día hemos publicado en este periódico.

Uno de nuestros dibujantes se halla en Tours, y nuestros lectores pueden tener por seguro que el *Correo de Ultramar* representará todas las principales peripecias de esta causa célebre, y hoy comenzamos esta reproducción publicando cuatro dibujos relativos á ella.

#### EL PALACIO DE JUSTICIA.

Ante todo, hé aquí el palacio de Justicia, monumento moderno, pues, apenas hace veinte y seis años que está concluido. Situado á algunos pasos de la estación del ferro-carril, su fachada principal se extiende sobre la avenida de Grammont. A la derecha está la calle Real, la única calle importante que hay en Tours, y á la izquierda construyeron en la misma época la cárcel y el penitenciario. La cárcel separada del palacio por un jardín, comunica con el depósito de los procesados por medio de una via subterránea.

El cuartel de la gendarmería está pegado al palacio de Justicia y comunica igualmente con el mismo paso.

Pero volvamos al palacio de Justicia. Damos en este número la sala de los Pasos Perdidos, y en el próximo daremos la del Alto Tribunal, con la fisonomía de la asamblea.

La sala de los Pasos Perdidos no ofrece particularidad alguna notable. El techo, en forma de hemisferio, es de cristales. A la derecha el juzgado de paz y á la izquierda el tribunal civil. En los puntos de union de la bóveda hay cinco aberturas con los nombres circulares de Juan Domat, L'hospital, Lavaquerie, H. de Pansey y d'Aguesseau. Los palacios de justicia son un Panteon para los grandes hombres de la magistratura y del derecho.

La sala del Tribunal de Assises ha dado espacio á las disposiciones de instalacion del Alto Tribunal. El sábado último se esparció la noticia de que se habia mandado suspender las obras; lo cual causó en Tours el efecto de una bomba, pues se habló de otra ciudad para los debates; pero la alarma no duró mucho: luego se supo que el gobierno queria reducir los gastos, queria rebajarlos de 32,000 á 8,000 frs. Por consiguiente se continuaron las obras, acomodándolas al nuevo presupuesto.

Lo que faltaba que hacer no era de lo mas fácil. Casi diremos que era un problema imposible de resolver. ¿Cómo hacer entrar á 4,000 personas en un local donde apenas 1,000 pueden encontrar aire respirable?

Hé aquí lo que ha podido arreglarse:

El público libre hallará á la entrada de la sala unos cien puestos; y los espectadores privilegiados tendrán á su disposicion como unas 300 localidades.

Tambien ha habido que organizar otras instalaciones para el tribunal. Se ha ensanchado el banco de los jueces que debe ser ocupado por ocho magistrados. El banco de los jurados se ha reemplazado con una triple hilera de banquetes, y se ha dado mas ensanche al espacio de la prensa, donde habrá cabida para 40 periodistas. Por el contrario, el banco de los acusados, bastante espacioso para las eventualidades de las causas criminales, se ha disminuido y no tiene mas puesto que para el príncipe.

En una palabra, los magistrados y los arquitectos han intentado lo imposible para ensanchar la sala; pero á pesar de todo, faltará espacio.

#### EL PENITENCIARIO.

El penitenciario, como dicen en Tours, es simplemente la cárcel. Con arreglo al plan que siguen en nuestros días los arquitectos llamados á trabajar en los monumentos de la justicia, la cárcel de Tours comunica con los tribunales: Tours lo tiene todo á la mano, sus plattillos, su tribunal, sus jueces, su cárcel y sus gendarmes. Verdaderamente, esta combinacion es digna de todo elogio.

Habíase anunciado que las autoridades de Tours preparaban al príncipe una instalacion de las mas agradables, y hasta se hablaba de un jardín improvisado en el recinto de la cárcel; todo es falso: el príncipe habitará como en Paris algunas de las piezas de la alcaldia.

A la hora en que escribimos este primer artículo, el ferro-carril lleva á la ciudad de Tours, magistrados, jurados, testigos, periodistas y curiosos, y cuando salga nuestro próximo número, el Alto Tribunal probablemente habrá dado ya su fallo.

#### M. GLANDAZ.

Los debates del Alto Tribunal serán presididos por M. Glandaz, miembro de la cámara de justicia y decano del Tribunal de Casacion, cuyo retrato publicamos en este número. M. Grandperret desempeñará las funciones de procurador general, asistido por M. Bergognié, sustituto del procurador general en el Tribunal imperial de Paris.

M. Glandaz (Justin-Antoine) es hermano de M. Sigismundo Glandaz que, de 1817 á 1853, fué uno de los mas famosos abogados de Paris. M. Glandaz nació en Paris

el 26 de setiembre de 1800 y principió su carrera haciéndose inscribir en el cuadro de los abogados del Tribunal imperial. En 1831 era miembro del Consejo de la Orden. Nombrado abogado general en el Tribunal de Paris en 1841, pasó con este último título en 1847 al Tribunal de Casacion, del que fué consejero en 1849. M. Glandaz ha sido nombrado comendador de la Legion de Honor el 15 de agosto de 1869.

Los magistrados del Alto Tribunal serán instalados en las habitaciones del arzobispado. P. N.

#### Viajes.

##### RESIDENCIA DE UN MÉDICO EUROPEO EN LA CÔRTE DE MANDALAY (IMPERIO BIRMAN).

(Conclusion.)

Parece que el rey quiso nombrarle su médico, y M. Bastian tuvo que luchar enérgicamente para no ser arrastrado por un camino que no trataba de seguir, siéndole necesarias mucha prudencia y firmeza para no naufragar en tantos escollos y salvarse de los accesos de cólera del mas dulce de los monarcas asiáticos, guardando su libertad amenazada con las funciones de médico ordinario de Su Majestad.

El arte de curar es uno de los que excitan en mas alto grado la imaginacion fantástica de los birmanes, y no lo comprenden sin los extravagantes procedimientos de los exorcismos y la magia.

Una de las primeras visitas que recibió M. Bastian fué la del médico de su príncipe, práctico provisto de una caja de drogas en forma cilíndrica y muy aromatizadas que entregaba para favorecer los partos, hacer invulnerables, excitar el amor, etc.

Para hacer cesar los padecimientos no se acostumbra en aquel país á prescribir el empleo de esta ó la otra sustancia, sino de consultar los astros, combinar signos cabalísticos y hacer hablar á los demonios.

Compréndese que en dichos pueblos siempre es bien recibido un médico extranjero, y que se esperan de él maravillas; pues aunque son muchas sus pretensiones mágicas y sus recetas, como á pesar de la astrología, los exorcismos y la magia, las enfermedades y la muerte llenan su cometido, acechan cualquier remedio nuevo que pueda llevarles el koula mas despreciable; en la persuasion de que los koulas tienen poderes particulares, que es el principal motivo de la aversion que les profesan.

Así es que cuando encuentran á uno de buen carácter pretenden sonsacarle sus recursos extraordinarios, como sucedió á M. Bastian, á pesar de sus constantes negativas para ejercer su profesion.

En los primeros tiempos de su permanencia en Mandalay, M. Bastian no habia podido negarse á prestar sus auxilios á varias personas que los habian reclamado, y entre ellas á un niño que parecia sordo-mudo y que no podia curar por consiguiente: sin embargo, los padres se figuraron que empezaba á percibir los sonidos; y como la madre podia entrar en el harem real, pronto se difundió por palacio la noticia de aquella maravillosa curacion.

Así es que M. Bastian, que llegaba á Mandalay con el nombre de un atrevido explorador, y cuyos peligrosos descubrimientos podrian comprometer el imperio, cambió pronto aquella reputacion por la de un médico famoso á quien no se ocultaba ningun secreto de su arte, y que sobre todo poseia remedios infalibles para curar la sordera.

A consecuencia de esto acudieron á la casa de M. Bastian todos los sordos de la ciudad real, incluso el mismo príncipe, y aun los soldados acudian por compañías para que les curase *de orden del rey*; muchos fingieron oír mal pensando dar con la medicina, y otros por relacionarse con un hombre tan hábil.

M. Bastian, al verse en tal compromiso, declaró que no tenia intencion de ejercer la medicina, y se abstuvo de recetar ó prescribir medicamentos cuya ejecucion era imposible, como un paciente á quien mandó aplicar sanguijuelas, y que se confesó enteramente curado por no seguir la prescripcion á causa del horror que tienen los birmanes á que corra voluntariamente su sangre.

Finalmente, el rey rogó á M. Bastian en una audiencia curase á dos de sus mujeres que padecian de una dificultad en el oido: ya en las precedentes entrevistas le habia preguntado acerca de varias enfermedades, y con especialidad de la sordera, así como del tratamiento que requerian; pero el doctor, que solo habia visto en esto una curiosidad sin consecuencias, y dado por otra parte contestaciones poco agradables, como que la sordera no tiene cura casi nunca, en aquella ocasion no pudo contenerse y recordó que habia ido para estudiar el budhismo y no para ejercer la medicina, que carecia de medicamentos y no podia emprender tratamientos largos y complicados.

Todo fué en vano: las enfermas fueron conducidas por un eunuco á la habitacion del príncipe (inmediata, como sabemos á la de M. Bastian) para ser examinadas. El médico representó nuevamente la impotencia en que estaba de curarlas, atendidas las circunstancias y gravedad del mal; y las desgraciadas, que habian abrigado la esperanza de curarse, se abandonaron de tal modo á

la desesperacion, que M. Bastian, conmovido, las prometió visitarlas de vez en cuando y hacer lo poco que pudiera careciendo, como carecia, de las medicinas y aparatos mas precisos.

Desde entonces recibió dia por dia mensajes de las esposas reales, acompañados de cigarros y frutos, como manifestaciones de gratitud por lo que ya habia hecho y súplicas de que hiciese mas.

M. Bastian se hallaba sumamente contrariado con aquellas interrupciones en sus estudios.

Un dia le pidieron las reales enfermas una medicina; y M. Bastian, despues de prepararla, la hizo llevar por su criado, quien sin saber cómo rompió el frasco en el camino.

Aquella aventura hizo un gran ruido, pues como decian, una medicina que rompe el vaso que la contiene debe ser de una fuerza prodigiosa.

Suplicaron á M. Bastian que preparase otra, y el resultado fué maravilloso: las dos esposas reales oyeron las ruecas de sus criadas.

El harem se entregó á la alegría, y todo marchaba bien; pero un nuevo incidente turbó la carrera médica de M. Bastian: el rey le encomendó la asistencia de uno de sus mas altos dignatarios, cuya vida le era muy preciosa, y que se hallaba postrado en el lecho á causa de una enfermedad que no conocian los médicos birmanes.

M. Bastian prometió decir qué enfermedad era, aunque declarando de antemano que nada mas podia hacer; reconoció al paciente y vió que tenia cálculos en la vejiga, pero aseguró que era imposible la curacion.

« El rey lo manda, » le dijo el hijo mayor del monarca; pero M. Bastian, empleando todas las fórmulas cortesanas, le dió á entender que hay cosas que no pueden hacerse aunque las mande el rey.

Empezaban á murmurar é indignarse de que un koula, un bárbaro, se atrevia á oponerse á las órdenes del rey y tuviese la insolencia de rehusar las medicinas encargadas por Su Majestad.

El hijo del rey, fuera ya de sí mandó por última vez á M. Bastian que emprendiese aquella curacion, alegando la voluntad expresa de su padre; pero el doctor se resistió.

Desde aquel momento tuvo centinelas de vista á la puerta de su habitacion, y solo permitieron salir de ella al cocinero una vez cada dia para comprar provisiones; aisló al extranjero, y aquella casa, en que habia antes tanto movimiento y tan alegres reuniones y cantos, se encontró desierta.

El príncipe protector, los amigos, el mismo preceptor, todo habia desaparecido con el favor real; M. Bastian vivia solo con sus criados, que mas muertos que vivos creian á cada instante ver entrar á los verdugos del rey: su amo les animó algo con su ejemplo, pues por mas que no se hiciese ilusiones sobre la gravedad de la situacion, su calma exterior no se desmintió, conservando siempre su habitual buen humor.

Durante ocho dias que estuvo alejado de la sociedad birmana repartió su tiempo entre el estudio y sus criados, con los cuales hablaba para que olvidasen sus sinistras preocupaciones.

Tuvo tambien durante aquel período de desgracia algunas visitas poco tranquilizadoras: una noche escuchó el rumor producido por la marcha de algunos soldados, y poco despues vió entrar por su puerta á dos oficiales. Recibiólos con su acostumbrada cordialidad; les hizo tomar asiento, y trabó conversacion, preguntándoles el sentido de un pasaje que leia en aquel momento en su libro birman: los militares por toda contestacion le miraron con asombro é inquietud, y se marcharon sin decir una palabra.

Igual hecho se produjo dos ó tres veces, y entre tanto los criados le referian acontecimientos espantosos, y entre otros la historia de un extranjero que el rey desterró á Rangoun porque habia desobedecido sus órdenes, y que fué muerto durante la noche.

El preceptor de M. Bastian fué á verle para asegurarse de si seguia siempre en las mismas disposiciones: M. Bastian fué inflexible, é hizo cuanto pudo para demostrarle todo lo opuesto que era al objeto de su viaje el ejercicio de la medicina.

Durante la conversacion tuvo cuidado el preceptor de referirle en forma de advertencia la historia de un mahometano que se habia vanagloriado de saber hacer oro; para ello fabricó una pequeña cantidad, pero el rey exigió que se renovase el experimento en grande escala.

El operador pretendió tener necesidad de emprender un viaje para hacerse con algunas sustancias; y como aquel viaje no tuvo éxito, emprendió otro, en el que le hizo el rey acompañar por un destacamento de soldados.

A su vuelta se le construyó un laboratorio en el palacio; y habiendo sido infructuosos los primeros ensayos, se le hizo vigilar y guardar estrechamente, hasta que el desgraciado acabó por envenenarse.

M. Bastian no habia propuesto, sin embargo, hacer cosas extraordinarias, sino que por el contrario, todo su crímen consistia en negarse á hacerlas; pero sabia lo que cuesta enganar las esperanzas de un rey de la Indo-China, y á pesar de su aparente confianza estaba preparado para cualquier eventualidad enojosa.

Del harem recibió á poco el primer anuncio de salvacion á causa de que la cuarentena á que se hallaba sometido el médico rebelde dificultaba el tratamiento de las dos enfermas; pues no teniendo los ingredientes necesarios para preparar los medicamentos que reclamaban, solicitó que se le dejase salir á la ciudad para comprarlos.

Los centinelas, cumpliendo su consigna, le impidieron la salida, y M. Bastian solicitó y obtuvo del príncipe lo que deseaba: no contento con aquel primer triunfo, fué en persona á su habitacion, quejándose de la manera con que se trataba á un huésped y no á un cautivo del rey.

El príncipe se defendió como pudo, dando á entender que aquella situacion no podia durar, y haciendo presentir un desenlace pacífico.

M. Bastian, provisto de lo necesario, administró á las enfermas del harem un medicamento que no tuvo resultado, y al poco tiempo las volvió á ver en la habitacion del príncipe, donde fueron tantos sus lamentos, que M. Bastian, para manifestarles su buen deseo, las prescribió la aplicacion de sanguijuelas, medio excelente para poner término al tratamiento, ya que no á la enfermedad.

El deseo de curarse venció en las enfermas á la repugnancia que les inspiraba el horrible remedio; pero la operacion ocasionó tantos disgustos, despertó tales escrúpulos en las conciencias, que no quedaron aficionados los habitantes de la ciudad real á la medicina europea.

El favor del monarca volvió á brillar en el horizonte de M. Bastian; los cortesanos volvieron á acudir y las visitas, conversaciones y relatos no cesaron ya hasta su partida.

Antes de abandonar el palacio, M. Bastian fué testigo de las solemnidades que señalan la entrada de un nuevo año entre los birmanes: el dios Çakra ó Indra asiste á dichas fiestas, bajando del cielo á media noche y volviendo á subir á los tres dias.

Un cañonazo anuncia su llegada y su partida. Los birmanes se envían mutuamente durante aquel tiempo vasos llenos de flores artificiales y frutos, simbolos de su cariño.

El mayor placer en el primer dia consiste en zambullirse unos á otros en las fuentes y estanques; como esta fiesta coincide con el principio de la estacion de las lluvias y la crecida del Fraouaddy, y acaso tiene por objeto figurar la inundacion benéfica que va á librar al pais de los horrores de la sequía.

Aquellos anuncios de la estacion de las lluvias advertian á M. Bastian que era ya tiempo de partir; obtuvo una audiencia de despedida para ofrecer al rey el *ka-daou* obligatorio, vaso de flores y frutos artificiales que se considera como una señal de sumision, recibiendo en cambio una sortija guarnecida de rubíes; se despidió en seguida de las numerosas personas que habian cultivado su amistad, dejándolas algunos regalos como recuerdo de su amistad, y muy especialmente al profesor, que tenia especiales títulos á su reconocimiento; despues partió para las regiones del sudeste provisto de cartas de recomendacion de su príncipe, y de un pasaporte en hoja de palmera expedido por el Tribunal Supremo.

M. Bastian, que habia bajado hasta Ava, siguió por tierra á lo largo de las montañas de Sehan, que ocupan la parte oriental del imperio; pasó junto á las ruinas de Pinlay, donde se conservó la independencia de Birman despues del desastre de Pagan; atravesó luego la provincia de Nyaoungyam, perteneciente al príncipe que le habia protegido en Mandalay, y cuya capital encierra cuatro casas y tres monasterios.

Cruzó la ciudad mas importante de Pibach, que encierra 4,000 casas, 30 pagodas y 40 monasterios, efectuando siempre este viaje en las peores condiciones, por caminos apenas abiertos, á través de espesos bosques, llanuras de arena, pantanos y barrancos, hasta la aldea de Zinsah, punto en que empieza á ser navegable el rio Sittang.

Allí cambió de sistema de trasporte alquilando una embarcacion, y despues de navegar durante algunas horas por entre las orillas de sombríos y silenciosos bosques llegó á la frontera inglesa, y pocos dias despues á Tongou, situado sobre el Sittang, á cierta distancia de la orilla, excepto las habitaciones de los europeos, que están edificadas sobre el mismo rio.

Dos semanas de permanencia en aquella poblacion le permitieron proseguir sus estudios sobre el budhismo, en tanto que se ponía un techo á su barco, por ser la estacion lluviosa.

Continuando su viaje llegó en tres dias á Schweggin, situado en un fértil valle rodeado de pintorescas colinas cubiertas de bosques, y despues á otro pueblo que toma su nombre del rio Sittang.

En aquel momento era completa la inundacion en todo el Pegou, por lo que navegaba M. Bastian, ya siguiendo los canales y corrientes de agua, ya cruzándolos y atravesando campiñas y selvas sumergidas, pasando á la altura de las ventanas de las casas, y enredándose algunas veces en las ramas de los árboles.

Su embarcacion hizo agua, hasta el punto de tenerla que reemplazar en un pueblecillo adonde consiguió llegar, no sin trabajo; la lluvia le inundaba sin descanso, y empezaba á tener calentura.

En aquel estado se dirigió hácia la cadena de montañas, en cuyo seno vió dibujarse poco á poco Saloung, donde las brillantes cúpulas de las pagodas se destacaban sobre un fondo negro.

Desde aquella antigua capital del Pegou pasó M. Bastian á Molmein: despues, restablecido de sus fatigas y habiendo adquirido preciosas amistades en el seno de la numerosa colonia europea, subió el Salwhen durante tres dias, y dejando el rio llegó sobre un elefante á la frontera del Siam, buscando nuevo tema á sus estudios.

A pesar de los vicios del gobierno y de la molición del pueblo, el Birman estaba hace cinco años, cuando le vi-

sitó M. Bastian, en una situacion relativamente próspera: el comercio parecia en visperas de un gran desarrollo; la familia real vivía en paz bajo la direccion de un jefe benigno, acaso porque los hijos del soberano eran muy jóvenes; con la edad se ha despertado en ellos la ambicion, y acaba de despertarse de un modo terrible.

Algunos de los personajes que nos hace conocer M. Bastian han desaparecido ya: el príncipe Tinke-Min, que colocó en el trono al rey actual, y que hemos visto protegiendo á un fabricante francés establecido en Mandalay; aquel príncipe, que era considerado por la corte y las poblaciones como el heredero de la corona, ha sido asesinado, como igualmente el hijo mayor del rey: uno de los menores, á quien los periódicos de la India designan con el nombre de Mungon-Min, privado á causa de su edad de la esperanza de reinar, ha urdido un complot contra los mayores, del que han resultado muchas víctimas, contándose, fuera de las ya mencionadas, otro de los hijos del rey y varios ministros: el monarca mismo debió á la fuga su salvacion; y aunque fué hecho despues prisionero, le consiguieron libertar sus amigos.

El hijo del príncipe Tinke-Min, heredero de los derechos de su padre, se prepara á castigar á los revoltosos, que no han podido conseguir su objeto á pesar de los asesinatos que han cometido, teniéndose que replegar hácia la frontera.

Una vez encendida la guerra civil, ¿cuándo y cómo termina? Los europeos no han sufrido durante aquella prolongada lucha ningun daño en sus personas, aunque sí en sus bienes; y casi toda la colonia europea de Mandalay ha tenido que refugiarse, al propio tiempo que el agente del gobierno británico, en el vapor inglés el *Nerbudda*, del que se hicieron dueños tambien algun tiempo los partidarios del rey.

Las autoridades inglesas, por el conflicto accidental que ha motivado el hecho que hemos referido del *Nerbudda*, se creen en el deber de intervenir directamente: acaso la ambicion se une á la prudencia, y mas de una voz se ha elevado en la prensa y fuera de ella pidiendo pura y simplemente la anexión del Birman.

Ante el poder inglés solo un medio tendrían los birmanes para evitar el peligro que les amenaza: desarrollar pacíficamente por el comercio y la industria los recursos de su pais, ofreciendo á los negociantes extranjeros inviolables garantías de seguridad.

Un rey, y acaso sus ministros, podrán comprenderlo; pero no así la raza real, multiplicada por la poligamia: los hijos del rey son demasiado numerosos, y tienen muchas preocupaciones para ocuparse seriamente de los verdaderos intereses del pueblo y aun del trono, refrenando sus violentas pasiones: el imperio birman perecerá por la locura y los crímenes de los que debieran conservarlo.

Cuando un pueblo se halla en contacto con el elemento europeo, debe entrar en las vías de la civilizacion si quiere subsistir: para sustraerse á la dominacion material de los extranjeros, á quienes teme, no le queda otro recurso que aceptar de buen grado su ascendiente moral.

LEON FEER.

### Una aventura de lord Byron.

Todo el mundo sabe que el 22 de enero de 1788, nació en Lóndres lord Byron, ese hombre célebre, cuyo genio extraordinario ha admirado á toda la Europa, é impreso un nuevo carácter y dado impulso á la literatura de su siglo.

La siguiente aventura prueba no solo su excesivo valor, sino tambien la generosidad que adornaba su alma impetuosa é irascible.

En uno de los muchos viajes que durante su vida hizo por toda Europa, trató de hacer una excursion por las montañas de los Abruzos, las que atravesaba de la misma manera que poco antes habia recorrido la Albania; esto es, á pié y solo. Los dos primeros dias que pasó en estos lugares desiertos y salvajes trascurrieron sin que le hubiese acaecido el mas pequeño incidente.

Ya por dos veces habia pasado la noche en las miserables cabañas de los pastores abruzos, casi tan salvajes como los hotentotes y á los que habia pagado generosamente la hospitalidad que de ellos recibiera, cuando al tercer dia caminando á toda prisa para llegar, antes de que el sol se ocultase, á una pequeña aldea cuyas chimeneas humeantes ya divisaba á lo lejos, como á un tiro de fusil, y una bala silbó en los oídos del imprudente viajero.

Byron, que estaba dotado de un valor á toda prueba, no se sorprendió por esto; al contrario, se paró, tomó con la una mano una de las pistolas que llevaba á la cintura, y con la otra sacó de la vaina un puñal de buen temple. Tendió la vista para ver quién le habia disparado aquel tiro, y como no divisase persona alguna siguió su camino, aunque con precaucion y atento al mas leve ruido.

Un segundo tiro partió de un ribazo de que distaba muy pocas varas, habiendo sido tal la suerte de Byron que tampoco con este segundo tiro fuese herido; entonces descubrió un bandido que á toda prisa cargaba de nuevo su escopeta.

Byron, pronto como un rayo, se abalanza á él, le tira

al suelo, y apoyándole la boca de su pistola sobre el pecho, le amenaza con la muerte si hace el menor movimiento.

— Bravo, señor, dijo el bandido; os suplico que os despacheis, porque soy demasiado torpe para merecer vuestro perdón, y demasiado valiente para implorarlo.

Este lenguaje no pudo menos que llamar la atencion del afortunado Byron.

— Entrégame tus armas, le dijo al bandido, y no solo no te mataré, sino que te daré oro, si lo necesitas, y además te dejaré libre.

— Haré todo lo que queráis, señor, porque veo que sois un caballero valiente, y casi ya me alegro de que mi escopeta no os haya acertado.

Byron ayudó al bandido á que se levantara. Era este un hombre alto y de buena presencia, el que despues de haber puesto á los piés del lord las pistolas que colgaban de su cintura, le tendió tambien su escopeta, que Byron se contentó con separar un poco con el pié.

— Amigo, le dijo, yo sé que las gentes de tu profesion son siempre bien recibidas en los mesones de las miserables aldeas de esta montaña; llévame al mas cercano, cenarás conmigo y me contarás despues tus aventuras. Despues te irás adonde quieras, y toma esta bolsa que contiene doscientos dollars (duros) que te regalo con toda voluntad. En cuanto á tus armas, aquí las encontrarás si quieres volver á buscarlas.

No se hizo rogar el bandido: cogió la bolsa que le ofrecian, guió al viajero, y una hora despues estaban cenando juntos y con buen apetito en la mejor posada de la aldea que habia mas inmediata.

— Amigo, le dijo Byron, no habrás olvidado lo que hemos convenido.

— No faltaré á mi palabra, así como vos tampoco habéis faltado á la vuestra; deseais saber mi historia, voy, pues, á contárosla.

Byron hizo servir algunas botellas del mejor vino que habia: despues de haber apurado un gran vaso, dijo el bandido:

— Yo naí en la pequeña aldea de Frosinon, situada, como sabeis, en la frontera de los Abruzos. Mi padre habia hecho algunas ganancias en el comercio; y como me destinaba á la iglesia, recibí una educacion bastante regular. En cuanto á los estudios era el menos aplicado de todo el pueblo; pero á pesar de todo era de buen carácter, y á la verdad me conduje bien hasta el momento en que comencé á enamorarme. Habia en el pueblo un administrador de rentas que tenia una hija encantadora que llegaba ya á los diez y seis años. Se la consideraba por todos como muy superior á las demás jóvenes de nuestra pequeña aldea, viviendo muy recogida en lo interior de su casa; con todo, tuve ocasion de verla algunas veces, en las que concebí por ella el mas vehemente amor. Tenia una mirada tan dulce, era su tez tan fresca y se diferenciaba tanto de las jóvenes tostadas por el sol que habia visto hasta entonces, que no pude menos de contemplarla con el mas vivo entusiasmo.

Como mi padre no me escaseaba el dinero, estaba bien vestido, y no desperdiciaba ninguna ocasion de ostentar mi elegancia ante aquella joven beldad. Tenia costumbre de verla en la iglesia todos los dias festivos; y por las noches, como habia aprendido á tocar la guitarra, colocado debajo de sus balcones hacia llegar á sus oídos la voz de mi instrumento acompañando canciones amorosas que tambien yo componia. En fin, un dia logré tener con ella una entrevista en medio de unos viñedos que poseia su padre, y donde algunas veces solia ella ir á pasear. En esta tarde conocí que me miraba con gusto y que mi presencia no le era indiferente, aunque no me lo manifestase de palabra, pues era demasiado reservada y modesta para tal confesion. Su padre la vigilaba con gran cuidado, habiéndole ya alarmado á este tiempo mis atenciones á su hija, en virtud de que él queria un partido mejor para ella. Los obstáculos me pusieron furioso, pues estaba acostumbrado á triunfar con facilidad de las otras muchachas del pueblo, de las que era considerado como uno de los jóvenes mas amables.

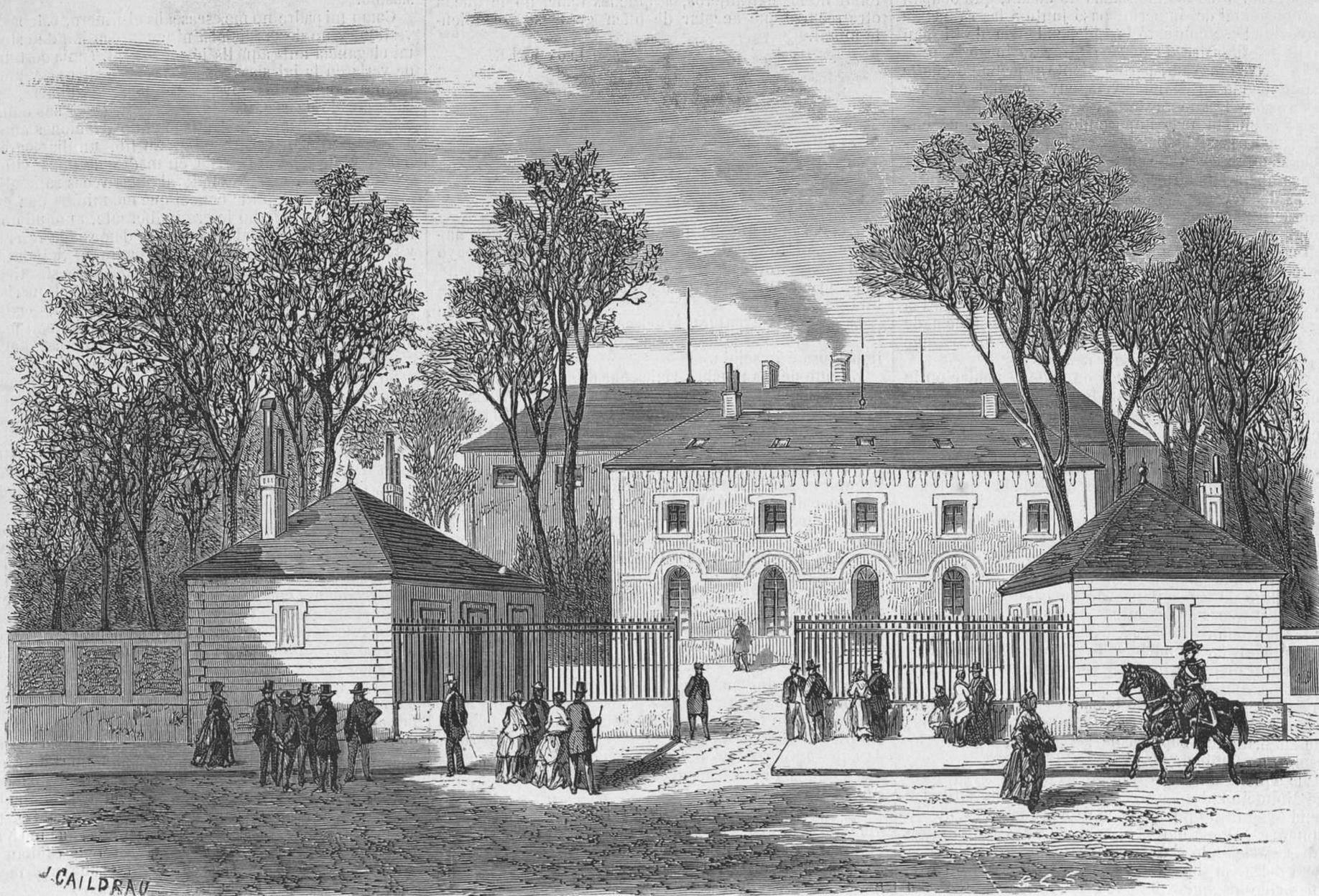
Su padre le buscó un partido que era un rico hacendado de una aldea vecina. Se fijó el dia de las bodas y ya se estaban ocupando en los preparativos para verificar el matrimonio. Habiéndome acercado un dia á sus ventanas, ella me vió y me lanzó una mirada triste, y desde este momento determiné que no se verificase su boda, costárame lo que me costare. Habiendo hallado á los pocos dias á su futuro en la plaza del mercado, no fui dueño de contener mi rabia; cambiamos algunas palabras injuriosas, y habiendo sacado mi puñal se lo clavé en el corazon. Me refugí en el instante á una iglesia inmediata, y mediante algunas piezas de oro que di fui bien recibido; con todo, por entonces no me atreví á abandonar aquel asilo.

Por esta época, nuestro capitán se ocupaba de formar su banda, reclutando gente para su tropa. El me habia conocido desde mi infancia, y sabiendo la posicion en que me hallaba se llegó á mí, y me hizo tales ofrecimientos que yo no tuve reparo en que pusiese mi nombre al lado de los que ya figuraban en la lista de sus compañeros de aventura. Es necesario confesarlo; pero ya muchas veces se me habia ocurrido la idea de seguir semejante método de vida, mediante á que habia visto muchos salteadores de montañas que con toda libertad venian á gastar su oro entre los labriegos de mi aldea. Con efecto, en una noche abandoné el asilo en que me habia refugiado, y me presenté en el paraje que el capitán me designara; allí presté los juramentos que me fueron prescritos, y quedé alistado en su banda.

En seguida permanecemos ocultos en un sitio de las



ALTO TRIBUNAL DE JUSTICIA. — Palacio de Justicia de Tours : sala de los Pasos Perdidos.



Alto Tribunal de Justicia. — Vista exterior del Penitenciario.



M. GLANDAZ, presidente del Alto Tribunal de Justicia.

montañas, habiendo exaltado mi imaginación de una manera extraordinaria aquella vida arriesgada y aventurera, resultando que mis ideas se fijasen de un modo violento en Rosa y su porvenir. Su imagen estaba continuamente delante de mis ojos; y recuerdo que estando una noche en un puesto avanzado de centinela para guardar el sueño de mis compañeros, mis sensaciones y mis recuerdos fueron tan fuertes, que me ví acometido de una fiebre devoradora y violenta.

Poco después abandonamos nuestro retiro, y nos decidimos á hacer una romería sobre el camino que media entre Nápoles y Tehacina. Durante nuestra expedición nos vimos obligados á permanecer dos días en las huecas montañas que dominan la aldea de Frosinon. Me es imposible explicar lo que sentí cuando se clavaron mis ojos sobre esta pequeña villa y distinguí la casa de Rosa. Resolví entonces tener una entrevista con ella aunque sin que pudiera yo mismo explicarme las ventajas que de esto pudieran resultarme. Yo no podía esperar que abandonase ella la casa de sus padres para seguirme y

abrazar la vida errante que pasábamos en las montañas, porque para esto se había criado de una manera demasiado delicada, y por otra parte al mirar algunas mujeres que seguían á mis camaradas, se me resistía hacer á Rosa su compañera. Tampoco podía pensar en volver á mi vida antigua, porque mi cabeza estaba pregonada; con todo, determiné ver á Rosa, y la inutilidad de esta entrevista y los obstáculos que á ella se oponían no servían sino para irritar más y más mis deseos.

Después de tres semanas, y con el objeto de lograr mi intento, persuadí al capitán á que se dirigiese á Frosinon donde podía coger á algunos de sus más principales habitantes, los que sin duda le darían crecidas sumas por su rescate. Para este efecto nos emboscamos cerca de los viñedos del padre de Rosa, y en los que la había visto por vez primera. Un día me separé de mis compañeros para visitar los lugares donde ella solía pasear comúnmente, y no puedo pintar bien cuál fué mi alegría al distinguir entre las vides una figura vestida de blanco que las atravesaba. Era Rosa sin duda, porque solo ella

entre las jóvenes del pueblo se vestía de blanco. Sin causar el más pequeño ruido me acerqué á ella, y de repente me dejé ver á su lado. Rosa dió un grito agudo, la cogí entre mis brazos, puse una mano sobre su boca y la rogué que callase. En aquel momento dí libre rienda á mi pasión, y le ofrecí no volver á mi antigua vida, sino aun poner mi suerte entre sus manos. Hice cuanto pude por calmarla, aunque todo fué inútil; en vez del amor el espanto se pintaba en su rostro, y habiéndose desprendido de mis brazos prorumpió en agudos gritos.

En este instante el capitán y el resto de la banda nos cercó. Hubiera yo dado todo un mundo porque en este momento se hubiera hallado Rosa libre de mí y en casa de sus padres; pero era ya tarde: el capitán la declaró como prisionera habiendo mandado que nos siguiese á las montañas. Le dije que era mi prisionera, que tenía sobre ella derechos anteriores, y le hablé de mi antiguo conocimiento: por toda respuesta recibí una sonrisa amarga. En aquel momento mi corazón estaba despeda-

zado por el amor y la rabia; pero viéndome obligado á optar entre la obediencia ó la muerte, no tuve mas remedio que entregarla al capitán y seguirla á nuestras guaridas de las montañas.

Estaba la infeliz Rosa tan atemorizada que fué necesario conducirla en brazos, y no pudiendo yo soportar el verla entre los de mis compañeros, afecté una fría tranquilidad, y pedí que se confiase á mi cuidado. El capitán fijó por algunos instantes en mí una mirada escudriñadora, y en seguida me concedió lo que pedía. Entonces la tomé en mis brazos aunque estaba desmayada, su cabeza daba sobre mi hombro, y su aliento que abrasaba mi rostro, servía para aumentar el fuego que me devoraba. ¡Qué suplicio tan cruel era para mí tener aquel tesoro entre mis brazos y temer perderlo á cada instante!

Llegamos al pié de las montañas y yo iba fatigado por el cansancio, pero nunca pude resolverme á partir con otro una carga tan querida. La idea de que esta criatura tan delicada iba á ser entregada á mis groseros camaradas me hacia delirar. Muchas veces pensé abrirme camino por medio de ellos con el puñal, y salvar á Rosa; pero no bien habia concebido este pensamiento, cuando se me representaba cuán temeraria empresa era el realizarlo, y la idea de que tantos atractivos fuesen presa de mis camaradas me desesperaba por otra parte. También pensé el escaparme con ella, para lo que me adelanté al resto de la banda; pero los ojos del capitán me seguían á todas partes, y cuando me habia alejado demasiado, lo suficiente ya para realizar mi objeto, mandó hacer alto. Me desesperé, pero no hubo mas remedio que obedecer. Entonces la pobre Rosa abrió los ojos, pero su mirada era lánguida y toda ella estaba sin fuerzas ni movimiento. Cuando la hube colocado sobre la yerba, el capitán me echó una mirada feroz y me mandó que me marchase con mis compañeros á buscar un pastor que fuese á pedir al padre de Rosa el rescate de su hija.

Era este el instante del peligro, y resistirlo violentamente era hallar una muerte cierta. ¡Qué tormento dejarla sola en poder del capitán! Yo le hablé con aquel ardor que inspira el amor y la desesperación. Le dije que era yo el primero que la habia hallado, que era mi prisionera, y que mis anteriores relaciones con ella debían hacerla sagrada para él y demás compañeros. Insistí en que me diera su palabra de respetarla, sin lo que no obedecería sus órdenes. La respuesta fué amarillillar su carabina, habiendo hecho lo mismo todos los demás que componían la banda. ¿Qué podía yo hacer? mi resistencia era ya una locura. Ella quedó al fin sola con el capitán y casi desmayada...

El bandido interrumpió aquí su relación agitada de una conmoción extraordinaria. Gruesas gotas de sudor corrían por su frente, jadeaba en vez de respirar, y su carnoso pecho se abultaba y comprimía como las olas de un mar agitado. Cuando hubo recobrado algun tanto la calma, continuó en estos términos:

— Poco tiempo tardé en hallar un pastor; cuando volví el capitán estaba al lado de Rosa.

Tenia un aire triunfante, y la infeliz estaba pálida y abatida; á vista de este espectáculo solo el pensamiento de sacrificar inútilmente mi vida pudo contener mi furor.

Con no poco trabajo, y guiando la mano de Rosa se le hizo trazar algunos renglones, en los que pedía á su padre la cantidad de 300 dollars para su rescate. Esta carta le fué enviada por el pastor; y cuando se hubo marchado me dijo el capitán con un tono severo:

— Habiéis dado un ejemplo de insubordinación á vuestros compañeros; y si se os hubiese tratado como nuestras leyes exigen, esta bala hubiera atravesado vuestra cabeza. Pero sois un antiguo amigo y he tolerado vuestra desobediencia. Al mismo tiempo tenéis que agradecerme el haberos librado de una pasión que os hubiera degradado. En cuanto á esa jóven está sujeta á las leyes de nuestra sociedad, y ellas seguirán su curso como es debido.

Entre tanto Rosa estaba en poder de la banda. Por una parte conocía que el capitán tenia razón, y que habia sido indulgente conmigo, por otra estaba frenético, en términos de arrastrarme por el suelo. Al fin recogí á Rosa, á quien ya habian abandonado mis compañeros. La conduje al pié de un árbol y la estreché suavemente contra mi pecho; apliqué á sus labios un poco de vino, y aun le hice tragar algunas gotas. ¡A qué estado se hallaba reducida! ¡Ella, que algunos dias antes era el orgullo de los jóvenes de Frosinon! ¡Rosa á quien hallé entre los viñedos de su padre, tan fresca y tan lozana! Y ahora sus dientes estaban encajados con violencia, tenia los ojos fijos en la tierra, y pálida y sin movimiento permanecía en una insensibilidad absoluta. Cuando miraba á mis compañeros me parecían otros tantos espíritus infernales que se recogían en la caída de un ángel, y yo mismo me causaba horror, pues habia sido cómplice de tamaño delito.

El capitán que con su penetración ordinaria conocía lo que en mi interior pasaba, me mandó ir á colocarme en una altura para examinar los alrededores. Cuando fui á aquellas campiñas estaban tranquilas y solitarias; únicamente el pastor que habia mandado á Frosinon venia ya de vuelta. Corrí á su encuentro, pero nada habia conseguido; el padre de Rosa estaba en un estado completo de estupor cuando recibió la carta de su hija: «Ella está deshonrada por esos miserables» fué su contestación, «que la devuelvan sin rescate, ó que muera.»

En vista de tal respuesta y con arreglo á nuestras leyes, Rosa debia morir; yo no podia evitarlo, y solo pensé en lograr ser su verdugo.

El bandido se interrumpió de nuevo; habia en su historia un carácter de verdad que la asemejaba á una de las trágicas ficciones del Dante.

— Habia llegado el momento fatal, continuó el bandido. Luego que el capitán supo la respuesta que habia traído el pastor, nos reunió á algunos pasos de distancia de Rosa, y allí se decretó su muerte. Cada cual se ofreció á ejecutarla, pero yo fui el que obtuve la gracia.

La noche se aproximaba y Rosa debia dormirse bien pronto; pedí que se me permitiera diferir su muerte hasta este momento, y aunque varias veces se alzaron contra mi demanda, el capitán les impuso silencio y me concedió lo que pedía.

La tomé en mis brazos y la conduje á lo mas espeso del bosque; por fortuna iba aletargada y ni me conocia, pues con que hubiera pronunciado mi nombre hubiera faltado el valor y triunfado ella.

Al fin me acerqué con precaución despues de un breve rato, para no interrumpir su sueño y hundí mi puñal en su corazón. Un murmullo doloroso y concentrado y un movimiento convulsivo acompañó su último suspiro... Ya sabeis mi historia, porque lo que despues de esto me ha pasado no merece contarse.

En cuanto á vos, aquí estais seguro; permitid que me retire, pues ya es hora de unirme á mis compañeros. Solo os aconsejaria que no caminárais solo por estas montañas.

Lord Byron halló el consejo bastante prudente. Al otro dia se dirigió á Nápoles, pero con una buena escolta, y poco tiempo despues se embarcó para Inglaterra. En cuanto al bandido trató de separarlo de aquel género de vida; pero habiéndose resistido á sus reflexiones y propuestas, ni aun pensó en detenerlo.

B. P.

### Revista española.

El gran acontecimiento de la semana es la causa del príncipe Pedro Bonaparte que se está viendo en Tours á la hora en que escribimos. Hace dias ya que la hermosa ciudad de Tours presenta un espectáculo animado. Los parisienses emigran en masa. No hay rincón en ningun hotel que no esté ocupado y, segun dicen las correspondencias, las cosas de la vida han llegado á tomar, como era muy natural, precios exorbitantes. El minimum parece ser de treinta á cuarenta francos. Pero estas noticias no arredran á la gente desocupada, y cada dia que pasa se aumenta la muchedumbre de curiosos con gran satisfacción de la población indígena, sobre todo de la población comerciante. El despacho de retratos es considerable. Las tiendas de la famosa calle Real bañadas por un sol espléndido que debe hacer comprender á los parisienses cuán maltratada ha sido por la naturaleza la capital de Francia, ostentan en sus escaparates los retratos del príncipe Bonaparte, de Victor Noir, de los señores Ulrico de Fonvielle, Luis Noir, Pascal Grousset, Enrique Rochefort, esto es, de los personajes que se hallan mas en juego en los autos. No entraremos en la cuestión de los billetes: lo que sí haremos será compadecer al señor presidente que se ve en la dura necesidad de cerrar los oídos á tantas demandas. Los periodistas se deshacen en elogios de las atenciones con que les miran en todas partes, en el ferro-carril, en los hoteles, en la audiencia, donde son el blanco de todas las miradas. Tampoco diremos nada sobre la causa, por la razón de que nuestro colaborador especial empieza en este mismo número una serie de artículos que darán á nuestros lectores cuenta circunstanciada de todo lo que corresponda á este periódico, mientras se inserta en la Parte Política del *Correo de Ultramar* el proceso propiamente dicho, con sus pormenores mas interesantes.

Entre tanto los diarios de Paris, no tienen cabida mas que para los extractos de la causa célebre. No basta la relación oficial: cada diario tiene su redactor en Tours que envia al periódico sus propias impresiones, y por último, el telégrafo se cuida de transmitir hora por hora las declaraciones y los incidentes que se producen en la audiencia. Es un verdadero concurso para adelantar las noticias, y el premio del vencedor está en la cifra de los ejemplares que se despachan. Hay diario, sobre todo los que se llaman literarios y que se venden á sueldo, que harán estos dias una venta adicional de cincuenta, ochenta y hasta cien mil ejemplares.

Esta preocupacion general que durará, como de costumbre, lo que dure la vista de la causa, no impide que Paris continúe bajo la terrible influencia que le ha traído este invierno varias terribles enfermedades. Entre ellas la que hace mas víctimas, es la de las viruelas, que no va en descenso á pesar de lo que se ha dicho, y á pesar tambien del preservativo de la vacuna que se está empleando en grande escala. Con efecto, hay el furor de vacunarse. El gobierno ha tomado sus disposiciones y por todas partes se han improvisado salas adonde acude la gente, guiada por el deseo de evitar un mal que causa tantos estragos. El dibujo que publicamos en la página 236 de este número, dará una idea á nuestros lectores del afán con que la muchedumbre se dirige á esos lugares, donde se ven mezcladas personas de toda clase y condicion, aunque á decir verdad, domina entre ellas el elemento

popular: no están de sobra los perfumes de Guerlain para penetrar en esas salas.

La muerte siempre inexorable continúa haciendo víctimas entre las celebridades de la Francia. A las que hemos señalado ya, ocurridas en los tres primeros meses de este año tenemos que añadir hoy la del conde de Montalembert, que hace mucho tiempo estaba enfermo y al cabo ha sucumbido en una de las terribles crisis que su dolorosa enfermedad le causaba de tiempo en tiempo.

El nombre del conde de Montalembert es célebre en todos los países católicos, y con este motivo creemos serán leídos con interés los siguientes pormenores biográficos que extractamos de los diarios parisienses.

«Nació en 1810 en Londres, donde residia su padre Marco Renato, conde de Montalembert, emigrado del ejército de Condé y par de Francia, y en tiempo de Carlos X, embajador de Estocolmo. Desde la edad de diez y ocho años abrigaba la fecunda idea de la alianza del catolicismo y de la libertad, y fundó en 1831 con MM. de Coux y Lacordaire *L'Ecole libre*, que fué motivo de que se le siguiese causa en el tribunal correccional; y habiéndole correspondido ser par de Francia por fallecimiento de su padre durante dicha causa, pidió que se le sometiera en ese concepto á la Cámara alta, donde pronunció un discurso célebre aun hoy dia, en el cual despuntaron sus sentimientos liberales y su persuasiva y brillante elocuencia que tanta fama debian granjearle con el tiempo. En el reinado de Luis Felipe dedicóse á un tiempo á escribir sobre la historia y á las discusiones de la política militante; publicó la *Historia de Santa Isabel de Hungría* mostróse enérgico adversario de M. Villemain al discutirse la ley de segunda enseñanza, y mas de una vez elevó valientes protestas en favor de Polonia, de Grecia y de los cristianos de Siria.

De este modo corrían parejas en el ánimo y en los actos de M. Montalembert esa constante alianza de un sentimiento católico ilustrado y fervoroso con el amor y la defensa de las verdaderas libertades. Despues de la revolución de 1848 perseveró en la empresa que habia acometido; sus votos contra el restablecimiento de la fianza que queria exigirse á los periódicos y contra el estado de sitio y en favor de la expedición de Roma; sus vigorosas luchas contra Victor Hugo, y hasta la parte que tomó en la redacción de la ley de 31 de mayo en que se restringía el sufragio universal, probaron que á la popularidad y á los principios generalmente admitidos, anteponia la fe religiosa y las convicciones políticas.

Bajo el imperio perseveró en la misma línea de conducta, y ya como diputado, ya como escritor, así en sus discursos como en sus escritos, mostró hallarse animado siempre del espíritu liberal que no le abandonó en toda su vida. Como es natural, tenemos que ser circunspectos al ocuparnos de esta parte de la vida política de M. de Montalembert, y creemos que la energía de sus sentimientos liberales pudo contribuir á arrastrarle alguna vez á profesar ideas que debieron modificarse en gran manera los excesos de estos últimos tiempos. De todos modos, su folleto titulado: *Un debate sobre la India en el parlamento inglés* le llevó en 1858 ante los tribunales que le condenaron; mas el emperador le indultó, y no obstante haberse negado de pronto á aceptar esta gracia al cabo la aceptó.

Al mismo tiempo que su magnífica obra *los Monges de Occidente* publicaba M. de Montalembert el folleto *Una nación de luto*, admirable defensa de la Polonia y terciaba en todas las cuestiones graves, tanto políticas como religiosas.

El conde de Montalembert ha sido enterrado en un antiguo campo santo que es una de las curiosidades de Paris; el cementerio de Picpus.

Picpus era una antiquísima aldea donde se fundaron diferentes conventos que desaparecieron en tiempo de la revolución. Despues se restableció el monasterio que existe hoy en el núm. 35 de la calle de Picpus ocupado por las hermanas de los Sagrados Corazones de Jesús y María, que se conocen con el nombre de *Dames Blanches* por causa del color de sus hábitos.

En el convento del Sagrado Corazon de Jesús se educan, como es sabido, las niñas de las familias nobles, y en su campo santo tienen sepultura todas esas familias.

Este cementerio, muy pequeño, se halla situado detrás de la huerta de la congregación y su aspecto es tristísimo, pues no hay en él ni ábeto ni cipreses, no hay mas que lápidas y capillas sepulcrales.

Los restos mortales del conde de Montalembert se han depositado á la entrada, bajo una losa, mientras se construye una sepultura de familia.

Las tumbas presentan otro aspecto mucho mas severo que el que ofrecen en el Padre Lachaise: quizás esa ausencia de verdura que hemos señalado contribuye particularmente á dar á este lugar un aspecto mas triste aun que el de todos los demás cementerios parisienses.

Seria muy curioso citar y describir algunos de los principales sepulcros, pero la tarea seria larga y debemos atenernos á esta mención colectiva.

Sin embargo, haremos una excepcion.

A un extremo del campo santo hay una puertecilla con una reja, por la cual se ven cinco mausoleos, y encima de la puerta se lee una inscripción que dice así:

« Sepultura de la casa de Salm-Kirburg y de 1.306 personas que perecieron en la barrera del Trono, desde el 20 prarial, año XI, hasta el 9 termidor siguiente. »

En tiempo de la revolucion era aquel sitio una cantera abandonada en donde arrojaron los cadáveres de los que ajusticiaban en la barrera.

Ahora bien, entre aquellas víctimas se contaba el príncipe de Salm-Kirburg; la princesa de Salm compró posteriormente aquel terreno y así se conservaron los restos de las 1.306 personas ajusticiadas en la época del terror.

Salgamos cuanto antes de tan triste sitio, casi desconocido en París, para ocuparnos de cosas más risueñas.

Desgraciadamente, la primavera de París es muy avara de sol y de alegría: á decir verdad, no existe más que en el almanaque, y los meses pertenecientes á esta estación llamada de las flores, son lisa y llanamente una prolongación muy sensible del invierno.

Y sin embargo, en París se habla de primavera como si existiera. Se cambian las modas, se organizan fiestas como las de las carreras de caballos que sirven de pretexto para excursiones campestres, y sobre todo se forman proyectos para cuando llegue la hora de la emigración parisiense.

Y á todo esto los teatros hacen también sus últimos esfuerzos, porque saben muy bien que cuando comience la emigración empieza para ellos la estación escabrosa.

En la última semana del Gimnasio nos ha dado á conocer la prometida obra del afortunado autor M. Victorien Sardou que ha sido, como se esperaba, un nuevo triunfo.

Esta nueva producción en cuatro actos se titula *Fernanda* y está tomada de una famosa obra de Diderot; pero ¿qué importa su falta de originalidad? ¿Acaso las *Pattes de Mouches*, del mismo autor, que con tanto éxito acaba de exhumar ahora la empresa del teatro del Vaudeville, no es también la *Carta robada* de Edgardo Poe, es decir, un argumento ajeno? El teatro puede inspirarse en la novela como en la historia; y los autores más célebres no han tenido escrupulo en hacerlo. ¿Se rebajó el gran talento de Corneille cuando se inspiró en la literatura española?

Por nuestra parte, lo que nos importa saber es qué partido ha sacado M. Victorien Sardou de la idea tomada á Diderot, y si ha salido airoso en su empeño, conceptuamos que toda crítica que se le haga á aquel propósito es tan injusta como ociosa.

El primer acto de la comedia pasa en una casa como hay tantas en París, donde á la sombra de una mesa redonda, se levanta otra mesa de juego.

¡Horrible sitio en verdad! Una madre y su hija se hallan al frente de tan impúdico establecimiento.

La primera acaba de salir de la cárcel, coronamiento de una vida de infamia y liviandades, y la hija, más desgraciada aun, se encuentra bajo el dominio de uno de esos hombres que para deshonor de la sociedad no siempre pasan la existencia en un presidio.

Los concurrentes se encuentran á la altura de esta madre y esta hija que han caído en el último grado de las depravaciones sociales, la madre con pleno conocimiento de causa, la desdichada hija como una víctima.

Fernanda en su desesperación quiere suicidarse, y con efecto, se arroja bajo las ruedas de un carruaje; pero no consigue su objeto y la señora que estaba en el coche se dirige á casa de la joven para informarse de su estado y averiguar qué causas la han podido inducir á tomar una terminación tan siniestra.

¡Qué espectáculo descubren allí sus ojos! ¡Qué colección de séres repugnantes!

Interesada por Fernanda quiere sacarla de aquel lugar infame, quiere tenderle una mano que sea la tabla de salvación de aquella infortunada joven.

La misma madre de Fernanda se conmueve ante aquella protección que se ofrece á su hija y cuenta su historia. Su marido había tenido la culpa de todo. Era un hombre disoluto que la había dejado en la miseria y ella había debido apelar á todos los medios para atender á sus necesidades.

En cuando á Fernanda no estaba corrompida: era víctima de un seductor á quien aborrecía, de una especie de bandidero que por explotarla la había arrastrado al vicio.

Por fin salimos de estas explicaciones y de la casa inmunda que ofrece cuadros tan indescritibles.

Estamos en casa de la compasiva señora que ha recogido á la madre y á la hija, Clotilde de la Roseraie, y aquí nos encontramos con otro drama.

Clotilde de la Roseraie ama al marqués de Arcis que no le corresponde con igual cariño.

Para el marqués, Clotilde de la Roseraie no ha sido otra cosa que una de esas fáciles conquistas que se apresura á olvidar el hombre de mundo amante de aventuras.

Justamente en la actualidad está ausente, haciendo uno de esos viajes que emprende á menudo, sin causa ni motivo.

Muchos días hace que no ha parecido por su casa y todavía no anuncia su vuelta.

Y sin embargo, hay quien dice á Clotilde que está en París, que su viaje es pura mentira.

Sea como quiera, el marqués vuelve á presentarse y encuentra á Clotilde en la actitud de un juez que va á entablar un interrogatorio.

Pero el olvidadizo amante no se arredra, confiesa lisa y llanamente que es infiel, porque ha visto una joven que ha despertado en su corazón un amor casto y puro. La ha visto una vez en el teatro y otra en la iglesia, y ella realiza todas sus ilusiones.

Clotilde devora su ira: también su corazón está vacío, dice al marqués, cambiemos nuestro amor en una amistad indestructible.

¿Cuál será la venganza de Clotilde?

El lector lo ha adivinado ya: Fernanda es el objeto de los amores del marqués; mas cuando lo adivina Clotilde su rostro se enciende de júbilo.

— ¡Ah! ¡Qué suerte! le dice; la vereis seguidamente, comereis hoy con nosotros y estareis á su lado en la mesa.

Y cuando le ve dando el brazo á Fernanda, exclama con un acento cuya significación presagia tormentos indecibles:

— ¡Con que quieres una inocente por esposa! Pues la tendrás, á fe mía.

Pronto se decide la boda.

Fernanda, á punto de dar su mano á aquel hombre que la cree un dechado de castidad y de pureza, pregunta á su protectora si no le ha dado á conocer los antecedentes de su vida, y aunque Clotilde jura y perjura que lo sabe todo y quiere olvidarlo todo, la joven se obstina en escribir una carta á su prometido, en la cual le hace la dolorosa confesión que oprime su corazón y la sofoca.

Esta carta ha de ser entregada al marqués antes de la boda; pero la marquesa se arregla de modo que el escrito queda en su poder como un arma terrible.

Fácil es concebir el desenlace: Clotilde cuando ve casado á su pérfido amante con Fernanda descubre el secreto: su venganza está satisfecha, el marqués ha prostituido sus blasones dando su mano á una mujer indigna. ¡Con qué voz de hiena hace Clotilde estas horribles revelaciones!

Falta una escena, una escena decisiva, en la cual el autor se ha mostrado vacilante é incierto.

Hasta pocos días antes de la primera representación, Fernanda, rechazada por su esposo, apelaba al suicidio y entraban su cadáver á presencia del marqués, cuando este vencido por las razones de las personas que le rodean, se hallaba ya dispuesto á perdonar aquella falta involuntaria de su esposa.

Sin embargo, el desenlace que ha prevalecido es el del perdón concedido á tiempo, y si hemos de juzgar por la emoción de los espectadores, no se ha engañado M. Sardou optando por este último.

Tal es el drama que acabamos de analizar con una rapidez suma y solo para hacer comprender á nuestros lectores cuál es la trama sobre que gira la acción de esta nueva obra.

M. Sardou ha estado tan feliz como siempre en el desarrollo de su idea: aquí encontramos los mismos personajes que vemos en la vida real, en la vida del día, de la hora presente, con sus costumbres, con su lenguaje; es otro cuadro no menos bien trazado que los que conocemos ya de la vida contemporánea, copiados del natural con el aparato fotográfico, si bien se nota que está dirigido por una mano artística.

Los actores del Gimnasio no necesitan elogios en el desempeño de esta clase de obras, son maestros; pero hay sin embargo, en esta compañía incomparable, una actriz, la Pasca, que sobresale en el cuadro. En la pieza de que nos ocupamos hace el difícil papel de Clotilde; pero ¡con qué inteligencia! Lo que hemos indicado del argumento basta para que se conciba qué pasiones tan diversas deben agitar á la actriz encargada de ese gran papel, que es el principal de la comedia. La Pasca no deja nada que desear en su interpretación, y antes al contrario, se eleva á tal altura, que puede considerarse que acaba de hacer en él la primera y principal de sus creaciones.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### PENSAMIENTO FÚNEBRE Á LA VISTA DE UN ÁRBOL.

Á MIS HIJOS.

Árbol que miro frondoso  
Destacarse al horizonte  
Sobre la cumbre del monte  
Con primor y majestad,  
¿Qué sentimiento provoca  
Tu aspecto en mí, peregrino  
Cansado, que en mi camino  
Sombra busco y soledad?

Das para el nido á las aves  
Tus verdes ocultas ramas;  
Del goloso niño llamas,  
Por el fruto, la atención;

Das á la industria elemento,  
Mucho al pobre en su miseria,  
Y al botánico materia  
Para docta observación:

Al viajero sombra ofreces  
Cuando el rayo le molesta  
Del sol, y en horas de siesta  
Fresca techumbre al pastor;  
Habla tu blando susurro  
Del vate á la fantasía;  
Das por fin, en claro día,  
Misterio á citas de amor.

En mí de la vida, en tanto,  
Los hondos pesares calma  
De un árbol la vista, al alma  
Brindando agreste quietud;  
O la esperanza me infunde  
Que al fin del terrestre viaje  
Podrá dar con su follaje  
Sombra un sauce á mi ataúd.

Sombra, que el lugar preserve  
De toda vista importuna,  
Do solamente la luna  
Penetre con triste luz.  
Durante calladas noches  
En las que, adormido el viento,  
Lanza el grillo su lamento,  
Allí posado en la cruz.

Y cuando húmeda la fronda  
Por las lluvias ó el rocío  
Vaya aquel árbol sombrío  
Gotas destilando allí,  
Soñaré (si en ese sueño  
Se puede soñar), en tanto,  
Que aun vierten mis hijos llanto  
Sobre la tierra por mí...

RICARDO BUSTAMANTE.

Setiembre, 1865.

## Fallecimiento y funeral de M. de Bonald,

CARDENAL ARZOBISPO DE LYON.

El 25 de febrero á las cuatro y media de la madrugada falleció en Lyon el señor cardenal arzobispo de aquella ciudad.

Su Eminencia el cardenal arzobispo Luis Santiago Mauricio de Bonald nació el 30 de octubre de 1787 en Meilhan (Aveyron), y era el cuarto hijo del vizconde de Bonald, el célebre metafísico autor de la *Legislación primitiva*, y que dió del hombre una definición magistral: *Una inteligencia servida por órganos*, la cual resume todos los sistemas espiritualistas.

Destinado á la carrera eclesiástica, fué colocado por su padre en un colegio de Lyon, y enviado más adelante al seminario de San Sulpicio, de donde salió ordenado de sacerdote en 1811. Sucesivamente clérigo de la capilla imperial, y á la vuelta de los Borbones secretario de Mñor. de Pressigny, arzobispo de Besanzon, quien le llevó á Roma, adonde había sido enviado para el arreglo de ciertos artículos del concordato, y después predicador en boga en París, en 1817 fué nombrado vicario de Chartres y en 1819 capellán de Carlos X, siendo en 1829 destinado para la silla episcopal de Puy.

Mñor. de Bonald pasó del obispado de Puy al obispado de Lyon en 1839 en reemplazo del cardenal Fesch que acababa de fallecer, y fué creado cardenal de la Iglesia romana en 1844. Era senador y comendador de la Legión de Honor desde 1825.

La vacante de la silla arzobispal de Lyon tiene tres competidores principales, Mñor. Dubreuil, arzobispo de Avignon; Mñor. de Lagalerie, obispo de Belley, y Mñor. David, obispo de Saint-Brieuc.

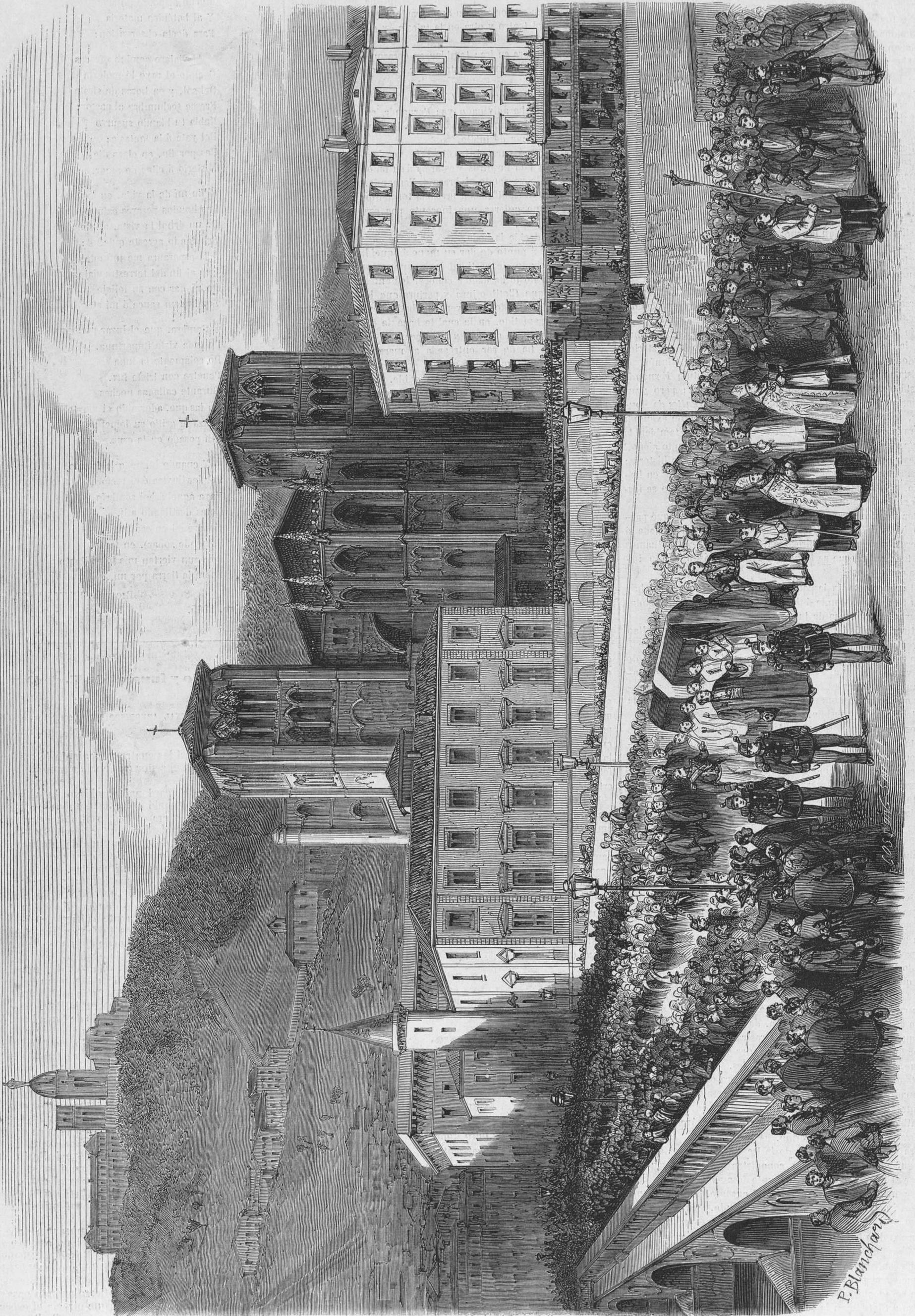
Los funerales del señor cardenal arzobispo se celebraron con gran pompa.

Una inmensa procesion de tropas de caballería, artillería ó infantería, de escuelas, de comunidades, de congregaciones, de sacerdotes seculares y regulares, de dignatarios, magistrados y funcionarios, había sido organizada para rendir el postrer homenaje al primer pastor del arzobispado de Lyon.

Las cintas del féretro, que iba á hombros de doce jóvenes clérigos del gran seminario, las llevaban el general conde de Palikao, el senador M. Reveil, M. Sencier, consejero de Estado y prefecto del Ródano, y M. Millevoye, primer presidente.

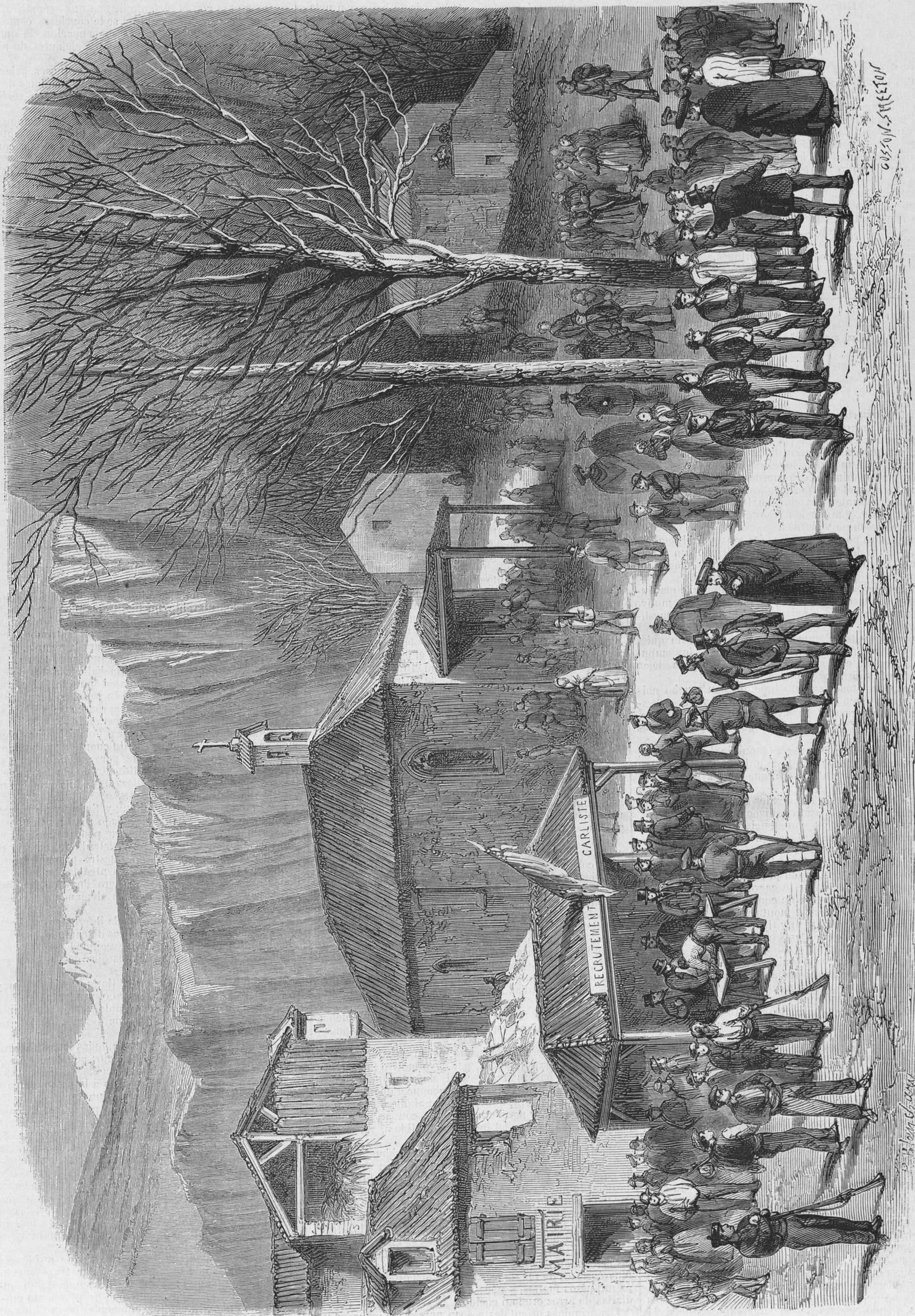
Nuestro dibujo representa el entierro cuando pasa por el puente de Tilsitt, momento en que ofrecía el espectáculo más solemne.

P. P.



LYON. — Funeral del señor cardenal arzobispo de Lyon. — El entierro en el puente de Tilsitt.

P. Blanchard



SUCESOS DE ESPAÑA. — Reclutamiento de soldados carlistas en una aldea francesa de los Pirineos.

## Sucesos de España.

### LA AGITACION CARLISTA.

Estos últimos días se ha hablado mucho de un levantamiento carlista, y con este motivo publicamos un dibujo que demuestra hasta qué punto los hombres adictos á la causa absolutista, se obstinan en querer defender una causa perdida.

Aun cuando á Don Carlos le detuvieron en Lyon las autoridades francesas y le obligaron á volver á tomar el camino de la Suiza, el reclutamiento de voluntarios continuó en la frontera; pero para burlar la vigilancia de las autoridades españolas, los jefes carlistas se pusieron de acuerdo con los *maires* (alcaldes) de algunas aldeas de la frontera francesa, á fin de establecer otros tantos lugares de alistamiento. Nuestro dibujo representa uno de estos sitios en una de las aldeas pintorescas que se encuentran en esta parte de los Pirineos. P. P.

## La caza del elefante.

(Conclusion.)

Por todas partes avanzan sobre ellos los cazadores, procurando separar unos de otros á los elefantes, y aislados empujarlos hácia las pequeñas comparticiones que hay dispuestas en lo interior del gran cerco.

Conseguido este objeto, lo único que resta por hacer es afianzar los animales con cuerdas, y llega el momento en que los animales domésticos prestan á los cazadores sus mas importantes servicios, auxiliando de tal manera á los cazadores, que pueden pasar á los bravíos las cuerdas por el pescuezo y piernas.

Trabados ya con los lazos, se les saca por el sendero recto, y fuera del laberinto se les ata firme á un tronco robusto. Así prosiguen los cazadores la tarea, hasta que han puesto en seguridad á todos los elefantes.

Cogidos por este procedimiento, salen mucho mas incorregibles y tercos para domesticar, por cuyo motivo se recurre á la fuerza y perspicacia de los ya domesticados.

Si conocen estos claramente que los bravos no quieren dejarse amansar, embisten contra ellos, los empujan y aporrear con sus trompas hasta que los dejan enteramente sosegados y dóciles.

Les observan todos sus movimientos con mucho cuidado, y se oponen á que den alguna improvisa embestida contra su guarda. Luego de amansado el elefante, es el animal mas manso y condescendiente de todos los domésticos.

Cobra tal afición á su guarda que le hace caricias, obedece puntualmente cuanto le ordena, y aun ejecuta anticipadamente cuanto preve que ha de serle agradable.

Muy pronto aprende á entender las señales, y hasta diferenciar los tonos. Jamás equivoca la voz de su amo, cuyos mandatos escucha con atención y desempeña con miramiento y diligencia, al par que sin el menor atropellamiento.

Enséñasele fácilmente á arrodillarse para que sin molestia puedan montar sobre su prominente lomo; con su misma trompa ayuda á que le carguen: préstase á que lo enjaecen, y da muestras de contento, si se ve adornado con arreos dorados y monturas brillantes. Se le destina al trabajo del cultivo y tiro de carruajes. Tiene un paso excelente, jamás está ocioso, y es sumamente dócil.

Un elefante domesticado quizá trabaja mas que seis caballos. Por lo regular el jinete se le pone sobre la cerviz, y cuando no quiere obedecer, se le pega con una varita de hierro en la frente; pero de ordinario bastan las voces, especialmente cuando el animal ya conoce á su jinete y ha puesto en él toda su confianza.

En la India, los elefantes acarrear pipas, sacos y fardos; llevan estas cargas sobre el lomo, sobre la cerviz, sobre los colmillos, y hasta en la trompa, bastando un cabo de cuerda que se les asegura contra los dientes.

Reunen la astucia á la fuerza, y jamás estropean ni echan á perder nada de lo que se confía á su transporte. Desde la orilla del mar ó río pasan las cargas á los botes sin exponerlas á que se mojen, pues humildes se bajan y las sueltan en el paraje correspondiente.

Examina primero con la trompa los lugares adonde han de hacerlos volver sus amos, reconocen si las cargas están bien amarradas, y si se rueda un tonel ó barrica, van á buscar trozos sueltos de piedras á fin de contener la carga y afianzarla.

Pueden cargar lo menos con 2,000 libras, y los adultos comunmente llevan hasta 4,000, y sin molestia puede un elefante tirar de una palanqueta (litera usada en la India) con 28 personas.

En la antigüedad, antes de la invencion de la pólvora, se valian tambien de los elefantes en la guerra, segun hoy todavia se practica en el reino de Cochinchina. Como bestias de tiro, pueden prestar los mas eminentes servicios, siendo capaces de arrastrar cañones de á 24

por los peores caminos y diligentemente á lo interior de las montañas.

En general desempeñan todos sus trabajos con notable maña y precaucion. La música, las coplas cariñosas, y los pequeños regalitos, como por ejemplo una botella de ron ó cerveza, algun fruto, un ramillete, etc., ejercen sobre este animal un influjo extraordinario, y por la inversa, un trato duro lo vuelve rabioso.

Es tambien muy digno de notarse en el elefante que enjaulado nunca procrea ni se hace un perfecto animal doméstico, y además que con respecto á los goces sensitivos, se aproxima al hombre mas que ningun otro animal doméstico.

Gusta, por ejemplo, del buen olor de las flores, y así cuando está harto, busca entre las yerbas que paze las flores mas bonitas, las de mejor fragancia, las arranca, las junta en un ramillete, absorbe sus exhalaciones por las narices, y despues se las fija en la boca. Con la música tambien disfruta de gran recreo.

Las hermosas mantillas y otras galas con que se le adorna lo alegran visiblemente, y hasta le regocijan con cierto entusiasmo. A la manera que el hombre, es igualmente aficionado al vino y á las bebidas fuertes, de las cuales puede tomar una cantidad considerable sin embriagarse.

Si se le enseña un vaso lleno de vino y se le promete como recompensa de su trabajo, emprende las tareas mas penosas, pero es preciso cumplirle lo prometido, si no se le quiere ver colérico y enfurecido.

El elefante sobresale asimismo por cierta similitud de inteligencia, pues con la sensibilidad y hasta con la gratitud y lealtad del perro que reúne en sí, pónese muy cerca de la comprension del hombre, se adapta prontamente á la domesticacion que no le es natural, aprende á entender las señas, gesticulaciones y palabras del hombre, y á ejecutar acciones para las cuales se requieren meditacion y talento.

Si se atasca el tren de madera que arrastra tirando por medio de una cuerda pasada por sus colmillos, deja caer la cuerda, desatranca los palos ó desembaraza del obstáculo el camino, coge otra vez la cuerda, y sin direccion de persona alguna, con tal de haber visto una sola vez el terreno y paraje, lleva su carga hasta el punto debido.

Hasta se dan ejemplos en comprobacion de que un elefante irritado ha puesto por reflexion límites á su furor y sido capaz de gratitud ó de otros impulsos magnánimos.

Enfurecido el elefante de un príncipe, se fugó á pesar de estar encerrado. Salióle al encuentro su guarda, á quien siempre habia estado muy sumiso; mas poseído de la rabia, lo mató, y entonces procuró escapar.

La mujer del guarda, desconsolada con la pérdida de su marido, corria con sus niños de la mano entre los que seguian el tumulto; púsose en el camino que habia tomado el furioso animal, y le echó el mayor de sus niños apostrofando al elefante en esta forma:

—Tú has muerto al padre, mata al hijo tambien.

El elefante se paró como atónito y pensativo, tomó suavemente con la trompa al niño, lo colocó en su cerviz, volvió tranquilo con él á su establo, y no sufrió mas guarda que aquel, en cuyo empleo el príncipe lo confirmó.

En cierto pueblo de la India se habia acostumbrado un elefante á que cuantas veces fuera al mercado le diese una hortelana un puñado de hojas frescas. Acometido este animal por el furor de la brama, se soltó, y corriendo hácia el mercado, ahuyentó de él á todas las gentes.

Tambien dió á huir la consabida hortelana, pero con el espanto se habia dejado atrás un hijo pequeño que tenia consigo.

A rienda suelta el elefante llegó al sitio en que solia ponerse su bienhechora, y apenas vió al pobre niño, trocó toda su rabia en dulzura. Levantó afablemente del suelo la tierna criatura, é intacta la puso á cubierto en una tienda vecina.

Otro elefante fué enviado por su señor á casa de un calderero con una gran caldera que se salia por muchas partes, y debia componerse. Siempre que estos sagaces animales han comprendido perfectamente la comision que se les ha confiado, procuran evacuarla con inteligencia.

El elefante dió á entender al calderero lo que debia hacer con la caldera, esperó hasta que estuvo compuesta, y la llevó otra vez á su casa.

Mas el calderero habia hecho mal su trabajo, y la caldera continuaba saliéndose, por cuyo motivo fué enviado con ella por segunda vez el elefante, quien, para convencer al calderero de cuán chapuceramente habia gobernado la caldera, antes de llegar al obrador de aquel llenóla de agua, y poniéndola en alto con su trompa la tenia sobre la cabeza del hombre, aturdido al ver que le caia por la cara una chorro de agua.

En una batalla dada en el Indostan, habiendo salido herido de la cabeza un elefante jóven, fueron á hacerle la cura y no se queria dejar vendar. El guarda hizo comprender lo que pasaba á la madre del animal, y esta inmediatamente lo asió con la trompa, á pesar de sus fuertes berridos, lo mantuvo echado en tierra hasta que se le acabó de vendar, y repitió lo mismo todos los días hasta que la herida quedó sana.

Entre nosotros no suelen verse los elefantes sino en las casas reales de fieras, pues son caros para comprar y muy costosos de mantener. Un solo elefante cuesta mas de mil pesos fuertes, y necesita regularmente cien libras diarias de arroz crudo ó cocido.

Los príncipes orientales poseen numerosas manadas y

hacen grande ostentacion de ellos. Particularmente en algunos paises del Ganges, como en el reino de Siam, se tiene para con el elefante blanco una veneracion casi divina, y en razon á su rareza se le considera como una santidad, pues domina allí la preocupacion de que las almas de los reyes trasmigran á los elefantes de aquel color.

Por tanto moran tales bestias en suntuosos palacios, tienen córte propia, toman su alimento en platos de oro y plata, están exentos de todo trabajo, y son servidos por los mas nobles personajes.

Todo el mundo debe reverenciarlos, al paso que ellos mismos no necesitan doblar sus rodillas sino ante el soberano reinante, quien por su parte los saluda con el mas profundo acatamiento.

A esta circunstancia es debido que tambien se denomina con preferencia *señor de los blancos elefantes* el rey de Siam, lo mismo que el de los birmanes.

M. DE F.

## La séptima esposa.

Ó SEA HO-FI EL DEL CINTURON AMARILLO.

(Novela china.)

«Mas hermosa que el arroz, mas gallarda que el bambú, era So-Sli hija de Poo-Poo. No era su pié mayor que el dedo, y cuando andaba se la veia mecerse elegantemente, necesitando para sostenerse el apoyo de una caña ó de una criada.

Era tal el hechizo de sus gracias, que cuando se presentaba en público, excitaba la atencion general como la paja que el juglar de Shangí sostiene en la punta de sus narices: sus cejas eran arqueadas como las plumas del ave acuática, y los ojillos pequeños y entornados; sus cabellos aventajaban en finura á la tela que hila la araña negra de Chen-Si.»

Infinitos eran los pretendientes que solicitaban la mano de So-Sli; su padre, el venerable Poo-Poo podia aspirar á un yerno de la administracion ó del ejército; mas el tal era un sabio, un filántropo que buscaba estudiosamente las causas de la felicidad ó de la desgracia del hombre. Habia resuelto hacer el matrimonio con arreglo á los principios que le revelara la ciencia, y sobre este punto habia formado una luminosa teoría, llorando amargamente el no haberla hallado antes de casarse; pero como su mujer habia muerto, disminuía considerablemente el motivo de su pena, si bien por lo menos Poo-Poo se propuso que aprovecharse su hija un descubrimiento que fuera inútil para él.

En una palabra, pensaba dejar á So-Sli la libre eleccion de esposo, doctrina un tanto cuanto aventurada en un pais como la China, donde por espacio de mas de seis mil años jamás se consultó el gusto de las doncellas para casarlas; pero la belleza de la hija protegía las rarezas del padre.

Dos grandes mandarines, Hang y Swing y un mercader llamado Tin, le habian enviado ricos regalos, porque residian demasiado lejos para poder ofrecerlos en persona. El elocuentísimo Tung, letrado del colegio de Hansau, de quien es tomado nuestro primer párrafo, habia compuesto trece tomos de sentencias morales en honor de la belleza de So-Sli; pero Poo-Poo, aunque aceptaba los regalos, desechaba la demanda de los que los ofrecian.

Esto mismo hizo con personas de diferentes condiciones, como fabricantes, propietarios de campos de arroz, oficiales militares y civiles de la vecindad que tuvieron ocasion de admirar los brillantes ojos de So-Sli y ser vistos de ella.

Nada objetaba So-Sli contra Hang, Swing, Tin y Tung, porque no los conocia; pero el prudente Poo-Poo, fiel á su teoría, no hubiera concedido su hija por cuanto el mundo tiene, á un hombre que despues pudiese no agradecerla.

Por lo que toca á los que conocia, todos la fastidiaban; el uno era demasiado alto, el otro bajo: aquel muy flaco, este gordiflon: Tin-Tin tenia vocecilla de tiple, Din-Dong de bajo: estotro era aficionado á la patata dulce y So-Sli odiaba este alimento: esotro no tenia suficiente afición á los perros y So-Sli se moria por ellos. El caso es que era obra difícil agradar á So-Sli.

Aquí conviene hacer una observacion. La lluvia de regalos que inundaba la casa de Poo-Poo, contribuian á afirmarle en su teoría. El honrado ciudadano se felicitaba de su perspicacia, y su ejemplo le ganaba prosélitos entre los chinos que como él tenian hijas casaderas. Pero poco á poco los enamorados fueron menos pródigos, y aguardaron para regalar á que una entrevista con la hermosa So-Sli decidiese sus pretensiones: un indicio semejante debia alarmar justamente á un hombre experimentado como Poo-Poo.

La ciudad que habitaba Poo-Poo servia de residencia á un noble chino que se gloriaba de estar emparentado con la familia imperial: en efecto; descendía de un emperador que habia ocupado el trono celeste ciento cincuenta años antes. El sublime emperador de la China se digna tender una mirada de cariño y benevolencia á to-

dos sus parientes pobres, cuyo número, según los cálculos más exactos, asciende á diez mil.

Según los grados del parentesco, reciben una cierta renta anual: los wangs ó parientes más próximos reciben unos sesenta mil taels, y esta cantidad gradualmente hasta los simples herederos del cinturón amarillo, que tienen tres taels al mes y dos sacos de arroz.

El sublime emperador se encarga también de subvenir á los gastos de matrimonio y de funerales de la mujer cuando tienen la desgracia de perderla. En estas ocasiones perciben ciento veinte taels, suma que se repite á cada boda y á cada viudez. Tienen además el derecho de llevar una marca que los distingue del resto de la población y que anuncia su noble origen: esta marca es el color amarillo (color imperial) de su capa, de su chal, de su cinturón ó de su sombrero.

El wang de que hablamos y que se llamaba Ho-Fi, gustaba un cinturón de seda y era conocido bajo el nombre de Ho-Fi, el del cinturón amarillo.

Primo lejano del hijo del cielo, habría creído Ho-Fi, rebajar su dignidad ejerciendo ninguna profesión ó industria; pero como su vanidad y su ambición no eran proporcionadas á sus recursos, se veía reducido á curiosos ardidés para proporcionarse, según la expresión vulgar de los occidentales, sal para la sopa y sopa para la sal.

Ho-Fi había oído hablar muchas veces de So-Sli; pero las mismas voces que exaltaban su belleza pregonaban sus caprichos y borrascoso genio. Cada día se citaba algún novio con calabazas: nadie era digno de agradaarla, de tal modo que los pretendientes comenzaron á cobrar miedo; pero Ho-Fi era uno de esos hombres que, penetrados de su mérito, no calculan los obstáculos y que jamás se detienen por temor de una repulsa; pidió pues, la mano de la hija de Poo-Poo.

Aunque joven todavía, había estado casado seis veces; y siempre, ya por una razón, ya por otra, le había vivido cada mujer pocas semanas. Para bodas y funerales había exigido exactamente la suma que su celeste primo le asignara, y como el número siete se consideraba el más feliz, y como sus seis mujeres reposaban en la misma tumba, Ho-Fi deseaba vivamente correr los riesgos de la sétima.

Poseía cualidades recomendables: era un gallardo mozo; sus uñas habían llegado á tener pulgada y media, no gustaba barbas ni patillas y su cabeza estaba totalmente afeitada, excepto el mechón ordinario que crecía en abundancia y casi le bajaba hasta las corvas. Además se distinguía por su elegancia en el vestir; á pesar de sus escasos recursos, asombraba el lujo de su guardaropa; empero si esto era un misterio impenetrable para los chinos, ¿cómo ha de pretender explicarle un extranjero, un bárbaro como yo? La belleza del cuerpo y el adorno, sabido es que son dos grandes talismanes en materia de casamiento; y á estos unía Ho-Fi otros no menos eficaces, tales como un aplomo imperturbable y aquella perseverancia tenaz que vuelve á la carga sin cesar y para la cual un *no* no es una respuesta.

Uníase á esto una flexibilidad de ánimo que se acomodaba á todos los caracteres, y cierta habilidad para descubrir el flaco de las gentes y atacarlos por este lado. Por último, el nombre de su celeste primo que sabía citar á tiempo y el color imperial de su cinturón, acababan de deslumbrar á los que estaban ya ganados por sus dulces palabras.

— Es preciso tener osadía, se decía á sí mismo; y si no venzo... ¡psit! no iré á ahorcarme de la cola como Ni-Ni; me asesinaré con la uña del pulgar como Boo-Bu.

Ni-Ni y Boo-Bu eran los dos románticos más célebres de la China.

Formada esta resolución, no le faltaba á Ho-Fi sino ponerla en práctica; para lo cual ante todo trató de armar relaciones con el filósofo Poo-Poo.

Un día que este venerable personaje ajustaba en el mercado un cuarto de garduña, entró Ho-Fi en conversación con él, y por medio de algunos chistes disparados contra el mercader, obtuvo de este en favor de Poo-Poo una disminución de precio que este no hubiera conseguido probablemente. Hizo entonces grandes elogios de la garduña y de lo que le gustaba este manjar. Trayendo en seguida la conversación á favor de felices gradaciones gastronómicas de la garduña á las comadreas, de las comadreas á las ratas, de las ratas á los perros, de los perros á los cochinitos, de los cochinitos á las chinas bonitas y de las chinas bonitas al astro brillante, So-Sli, hija del sabio Poo-Poo.

Manifestó su infinita admiración hacia este célebre filósofo, deplorando su desgracia de no conocerle más que de nombre. Poo-Poo era amigo de la sabiduría; pero ¿qué filósofo hubo á prueba de adulaciones? ¿Qué hombre no goza con oír sus propios elogios bajo el velo del incógnito, cuando no puede sospecharse que son mentidos? Ho-Fi había ganado mucho terreno en el aprecio del vanidoso Poo-Poo.

Fácilmente se supone que este no esquivaría una conversación tan de su agrado; y sin nombrarse, sondeó diestramente á su nuevo amigo sobre la famosa teoría matrimonial de que era inventor Poo-Poo. Ho-Fi se desahizó en ampulosos elogios, deploró la ignorancia y necedad de los chinos que habían cerrado los ojos á tan luminosa teoría.

— Por mi parte, exclamó mientras su interlocutor saboreaba con delicia cada una de sus palabras: por mi parte, si me preguntáis, quién es el más grande de los sabios antiguos y modernos, respondería: ¡Poo-Poo! Si me preguntáis quién ha inventado la teoría más provechosa para la dicha del género humano, respondería:

¡Poo-Poo! Si me preguntáis cuál es la palabra sinónima de filosofía, respondería: ¡Poo-Poo! No dudo que llegue un tiempo en que este nombre termine todas las discusiones, en que estas dos sílabas ¡Poo-Poo! sirvan de argumento, de razón suprema.

Aunque después de un discurso semejante, su modestia debía resentirse, el filósofo se dió á conocer á su entusiasta admirador y aquel día comió Ho-Fi con Poo-Poo, regalándose entrambos con el cuarto de la garduña.

El manjar apetitoso despertó el buen humor de los convidados; y Ho-Fi, insinuado en la gracia del padre, buscó medio de ganar la de la hija. Dió parte de sus intentos á Poo-Poo y este fijó el día de la entrevista, ceremonia que la sabiduría prohibía precipitar demasiado.

Ho-Fi vino, vió y venció, ó más bien vino ella vió, y él venció. Su traje era un modelo de elegancia y había escogido los colores que sabía agradaban más á So-Sli. Su ropaje de seda carmesí cubierto de ricos bordados y su chal, hubieran sido apetecidos por la más encopetada mujer de un lord: su birrete era obra de una de las primeras modistas de Pekin, y la gorguera que formaba parte de la vestimenta de gala, era de subido precio. Su negro mechón de cabellos estaba trenzado con primor y le colgaba por la espalda. Llevaba al cuello una sarta de perlas, su cazoleta estaba llena de las esencias más raras, y lucía en sus manos un abanico que agitaba con particular desembarazo.

Tan galante exterior produjo una impresión favorable en So-Sli que gustaba mucho de la elegancia en el vestir y gastaba sumas considerables en ricos trajes, en pipas de las más lindas y el mejor tabaco.

Todo lo aprovechó el astuto Ho-Fi para asegurar su triunfo: prodigó á la bella caprichosa mil delicadas lisonjas, la ofreció una caja de oro para tabaco, un perro de aguas chino, y lo que vale más, su corazón y su mano.

Lisonjas, caja, persona, corazón y mano de Ho-Fi todo lo aceptó So-Sli.

Se casaron y Ho-Fi exigió por la sétima vez el regalo de boda con que le gratificaba su celeste primo el sublime emperador de la China.

¡Oh! ¿cuál se felicitaba Poo-Poo por haber puesto al fin en práctica la luminosa teoría de que era inventor, y por haber hallado un yerno que participaba de sus ideas filosóficas y de su afición á la garduña!

Pasaron quince días con la velocidad de un instante. Una pareja joven, que gusta por primera vez la felicidad, no cuenta las horas, y los dos esposos se ocupaban exclusivamente del cuidado de agradarse uno á otro. Si se promovía alguna contestación, era por querer obligar el uno al otro á aceptar las mejores tajadas de zorra, de hurón ó demás que componían sus apetitosos alimentos de cada día.

Parecía que no acertaba Ho-Fi á separarse un momento de su adorada esposa. Sin embargo, una mañana tuvo que hacer una excursión á la ciudad, y cuando volvió sacó de su bolsillo bordado un paquetito de té.

— Amada So-Sli, dijo con tierno acento, tengo un amigo muy versado en el cultivo de las plantas; tanto, que ha conseguido ananas de los naranjos, y convertidos las ananas en grosellas. Un arbolito de té es ahora el objeto de todos sus desvelos: después de plantarle por su propia mano, de regarle y podarle él mismo, no ha perdonado medio de sacar una obra maestra de agricultura. El tal arbusto no ha producido aun más que dos onzas de té: la una ha sido consagrada al emperador mi celeste primo, y me ha ofrecido la otra que yo he destinado á mi querida So-Sli. Si me amais, brillante hija de Poo-Poo, haced una infusión y bebedla.

— Esposo mío, respondió So-Sli, no aceptaré el fruto de una planta tan rara y tan preciosa. Sea para vos.... Curiosas hojas de té, por vida mía, añadió abriendo el paquete, y lo más raro es que se parecen á las hojas ordinarias... ¿Qué polvo es este que tienen por encima?

— ¡Esto! respondió Ho-Fi con indiferencia, es una pelusa peculiar de las hojas del tal arbusto: en ella consiste su mayor virtud. Prometedme, So-Sli, que tomareis la infusión, pues para vos me he proporcionado este delicioso té, y una repulsa me mostraría que teneis en poco mis regalos.

Y al mismo tiempo derramaba Ho-Fi agua hirviendo sobre las delicadas hojas, y á los pocos minutos el cariñoso esposo ofrecía á la esposa una taza de porcelana llena hasta los bordes.

So-Sli insistió en que el otro bebiese, pero él se negó obstinadamente, y sobre esto se suscitó entre ellos, un gracioso combate, queriendo cada cual ceder al otro el deleite de bebida tan exquisita.

So-Sli se negó positivamente á aprovechar la abnegación de su esposo, pero cediendo poco á poco, declaró que si él tomaba la mitad de la taza, ella bebería el resto. La proposición no podía ser más razonable, y sin embargo no la aceptó Ho-Fi: exigió que su cara esposa gozase de la taza entera ó al menos bebiese la primera.

El amable debate se iba envenenando poco á poco, el acento de la impaciencia y de la cólera sustituía en Ho-Fi al de la ternura y de la chanza... So-Sli se levantó, tomó la taza y acercándose á la ventana tiró la infusión diciendo que pues había sido causa de disputa, ni uno ni otro la bebería.

La nubecilla se disipó muy pronto y los días siguientes, tomaron el té juntos los dos esposos en la mejor armonía.

Una noche estando ocupados en esta importante tarea, Ho-Fi que acababa de tomar la primera taza, notó que el té no era tan bueno como de ordinario, y empleando la imprecación usual en China, deseó una raíz podrida al árbol que le produjera,

— ¡Cómo! exclamó So-Sli con maliciosa sonrisa: ¡después de tanto como trabajó vuestro amigo! ¡después de los cuidados de plantarle y regarle! ¡cruel deseo!

Ho-Fi dejó la taza con viveza y palideció su rostro amarillo.

— ¿Qué queréis decir? preguntó.

— Os lo tenía dicho, esposo, replicó So-Sli riendo: había jurado que el té que trajisteis fuese para vos solo, y con disimulo escondí algunas hojas antes de que las guardáseis, y son las que os acaban de servir. Siento que no sea de vuestro agrado.

Al escuchar estas palabras, se quedó lívido Ho-Fi: hizo un mohín espantoso: su cola se erizó de terror y permaneció en posición horizontal, abrió su boca como para espeler lo que había tomado, y toda su persona reveló la más honda consternación.

Un instante estuvo sin poder moverse, y en seguida se levantó pidiendo á voces agua caliente.

— ¿Qué es eso? ¿qué teneis? dijo So-Sli.

— ¡Envenenado, envenenado! repitió Ho-Fi con lamentable acento.

— ¡Envenenado! repuso So-Sli. Cómo, ese té estaba... y el polvillo que yo eché de ver...

— ¡Oh! gritó Ho-Fi, ¡el pecho se me abrasa, me quemó! en nombre del dios Fo, pronto, volando, que me traigan eméticos, vegigatorios, cataplasmas, vomitivos, cualquier cosa, ¡socorro!

Fué socorrido Ho-Fi, que hacia contorsiones espantosas; se llamó á los médicos. El enfermo tuvo delirio, y cuando los vómitos le dejaron aniquilado, cayó en un letargo y ensueño pesado que duró muchas horas. Cuando cobró la razón y le recordó su memoria las palabras que se le habían escapado, trató de destruir su efecto. Explicó á So-Sli que el té que le sirviera poseía una virtud maravillosamente activa, y que este té le había privado del uso de su razón con más prontitud aun que el licor que se destila del arroz. En medio de su delirio, se había imaginado que su mujer le daba veneno. Sueño vano, temor frívolo de que se confesaba culpable. Resolvió escribir al amigo reconviéndole y amenazándole que si su celeste primo, el emperador de la China, bebía una infusión de aquel té, el autor del regalo sería condenado á muerte indudablemente.

Estas explicaciones y el tono de sinceridad con que fueron dadas, satisficieron á So-Sli, quien recobró su buen humor. Ho-Fi, gracias á la robustez de su constitución, se libertó de los efectos combinados de la ciencia de los tres médicos chinos y de la droga envenenada que había bebido.

¡Ay! demasiado cierto era: el té tenía veneno. El primo del hijo del cielo, espléndidamente remunerado á cada nuevo enlace, procuraba multiplicarlos lo posible para explotar el privilegio de su nacimiento. El noble Ho-Fi no envenenaba por el simple placer de envenenar; cualquier medio expedito le era igual, y solo le importaba aprovechar los dones del celeste emperador.

Habían circulado sobre el particular en la ciudad algunos rumores sordos comunicándose al oído sospechas que justificaban las apariencias. Bien hubiera podido saber algo el anciano Poo-Poo; pero este venerable personaje estaba demasiado engolfado en los arcanos de la ciencia para hallarse al corriente de las cosas de este mundo. A sus ojos, el matrimonio de su hija estaba hecho según las reglas de su teoría, y este era el punto esencial. ¿Cómo desconfiar de un hombre que tenía el derecho de llevar el color amarillo, de un hombre que le proclamaba el primero de los filósofos?

Además, no existían pruebas. Los chinos, tan expertos en las artes, son poco duchos en lo que los occidentales llaman el estudio de los reactivos químicos. No saben hervir en un caldero la horrible mezcla de huesos, músculos y tendones; destilar estos restos humanos, analizar los jugos y descubrir la milésima parte de cualquier cosa que apenas es algo, y debe servir, sin embargo, de prueba convincente.

Ho-Fi tuvo la satisfacción de ver disipados prontamente los temores de su esposa; y aplacado el desagradable sacudimiento que sintiera, experimentó mas viva la necesidad de quedarse viudo. Su enfermedad le había originado gastos considerables, y á su modo de ver era justo indemnizarse. Dióse pues otra vez á discurrir medios de deshacerse de su mujer, y á fuerza de meditar, se acordó de haber visto en una famosa tragedia china un suceso de que podía utilizarse; proporcionó en secreto un perro feroz, y le encerró en un nicho situado al otro extremo de la casa. Compró en seguida telas parecidas á las que usaba So-Sli, vistió una muñeca de magnitud natural, y acostumbró al perro á tirarse á ella y destrozarla. Poco trabajo le costó avezar al perro á esta faena, porque el cuerpo de la muñeca estaba lleno de huesos y pedazos de carnuza. Cuando se aseguró Ho-Fi de que el animal sabía su papel, cesó de darle de comer y beber, y le dejó unos días abandonado á los tormentos del hambre y de la sed, que produjeron su efecto ordinario. La baba que corría de la boca del can, sus encendidos ojos anunciaban la horrible enfermedad que le devoraba, y así que no tuvo Ho-Fi duda alguna de la naturaleza é intensidad del mal, anunció á So-Sli que un negocio importante le llamaba á la ciudad, encargándole que nadie curiosease una cosa que había encerrado en el tal nicho, y que ella se abstuviese de penetrar.

Tomadas tan juiciosas precauciones, se largó Ho-Fi mas que á paso y alegre como él solo.

— Si sucede alguna desgracia, decía para sí, no será por culpa mía: bien la he prohibido que sea curiosa.

Quedóse sola So-Sli. Cuando acabó de teñirse las uñas y se cansó de fumar en su larga pipa ó de mascar betel,

comenzó á pensar en el misterioso nicho y en el secreto que Ho-Fi reservaba para sí solamente. ¿Qué habria encerrado su marido en el tal nicho? ¿algún mueble nuevo? ¿alguna planta rara? Debía ser curiosa una cosa que no podia verse. Hubiera apostado So-Sli á que era alguna galantería con que trataba de sorprenderla Ho-Fi. ¡Cuánto la fastidiaba tener que aguardar! Pero al fin, como su esposo no la habia prohibido formalmente que se enterase, bien podia sin faltar á su deber registrar el nicho prohibido.

Al cabo de seis casamientos, no era extraño que Ho-Fi conociese tan á fondo á las mujeres, bien habia calculado.

(Se continuará.)

## Enrique de Riancey,

ESCRITOR FRANCÉS.

Sea cual fuere la division de las opiniones y de los sentimientos en una sociedad como la nuestra, todos los grandes partidos cuentan en sus filas hombres que les honran, y cuya muerte excita un dolor simpático aun en aquellos que no eran partícipes de sus ideas.

Tal fué, entre los defensores de las convicciones legitimistas y católicas, M. Enrique de Riancey, que ha fallecido inesperadamente estos últimos dias. No era, como Berryer, uno de esos restos gloriosos del pasado que sirven ya mas á la gloria de un partido que á su defensa, sino que era uno de esos luchadores de todos los dias, que con mano activa y firme levantaba la bandera, y que se arrojaba en lo mas fuerte de la pelea sobre el gran campo de batalla moderno de las ideas y de los intereses, el periodismo.

M. de Riancey ha sido siempre el hombre de las dos mismas causas: la fe católica y el trono legítimo. Las defendió desde la adolescencia hasta la muerte, y su primero y último pensamiento han sido para ellas. Ape-

nas salió del colegio, por los años de 1838, se propuso ejecutar en grande, con su hermano, el cuadro que Bossuet dejó en boceto, el de la historia universal. Los amigos se maravillaban entonces al ver cómo dos jóvenes

diciembre, fué preso y encerrado en Vincennes; mas luego, la nueva organizacion política le dejó en libertad para continuar sus tareas de historiador y de periodista.

M. de Riancey ha recibido antes de morir, por la via



Enrique de Riancey, escritor francés.

elevaban un monumento para el cual apenas basta una larga vida de estudios. Entre estos amigos figuraba el futuro P. Olivaint, hoy superior en Paris de una poderosa orden, y que ha recibido el postrer suspiro de Enrique de Riancey. La profundidad del sentimiento cristiano del joven autor de la *Historia del mundo desde la creacion hasta nuestros dias* (tal es el título de la obra), fué precisamente la influencia que arrancó al joven Olivaint á la de una reunion de libres pensadores.

La *Historia del mundo*, que M. Enrique de Riancey refundió veinte y cinco años despues, fué su obra histórica capital; mas no la única. Constantemente se ocupó en estudiar el pasado, sobre todo durante la edad media, bajo la inspiracion del mismo culto piadoso.

No podemos seguirle aquí ni en su carrera de escritor ni en su vida activa. Nacido en Paris en 1816, hijo de un empleado superior en el ramo de hacienda, y nieto de un caballero de San Luis muerto en el ejército de Condé, hizo en el colegio de Enrique IV brillantes estudios, siguió las clases de la Escuela de derecho y se inscribió en el foro de Paris.

Habria podido distinguirse en esta carrera, donde ya llamó la atencion con varios defensas, como por ejemplo, las de los señores Combalot y Souchet, y la del periódico el *Univers*; pero su aficion le llevaba al periodismo. Despues de haber colaborado en diversos órganos de la prensa católica y legitimista, el *Ami de la religion*, el *Correspondant* y la *Union*, vino á ser redactor en jefe de este último.

M. de Riancey formó parte, de 1849 á 1851, de la Asamblea legislativa como representante del departamento del Sarthe. Inútil es decir cuáles fueron sus votos. El partido de M. de Falloux y de M. de Montalembert no tuvo mas útil auxiliar.

Quando el golpe de Estado del 2 de



Epidemia de viruelas en Paris. — Vacunaciones gratuitas: la muchedumbre á la puerta del hospital de la Caridad. (Véase la *Revista de Paris*.)

J. L. Lange

D. VERDEIL

del telégrafo, un doble homenaje muy precioso á los ojos de la doble fe que le ha guiado: el papa le ha enviado su bendición, de Roma, y el conde de Chambord le ha dirigido en Frohsdorff su postrer adiós.

G. V.

### Embellecimientos

DE MARSELLA.

EL PALACIO DE LONGCHAMP.

El palacio de Longchamp, que comprende el museo de pintura, el museo de historia natural y el *Chateau d'eau*, representa seguramente una de las creaciones mas importantes que en estos últimos años se han visto en Marsella.

Habia necesidad absoluta de crear un grande establecimiento donde pudiesen instalarse convenientemente los cuadros y colecciones que posee Marsella. En 1862, el consejo municipal decidió la inmediata ejecucion del proyecto, y para la ereccion de los nuevos edificios señaló el vasto terreno de la planicie que domina el boulevard de Longchamp. A mayor abundamiento, para que el edificio tuviese espacio libre, se compraron algunas casas que estaban á la orilla del boulevard, y que interrumpian la perspectiva del monumento.

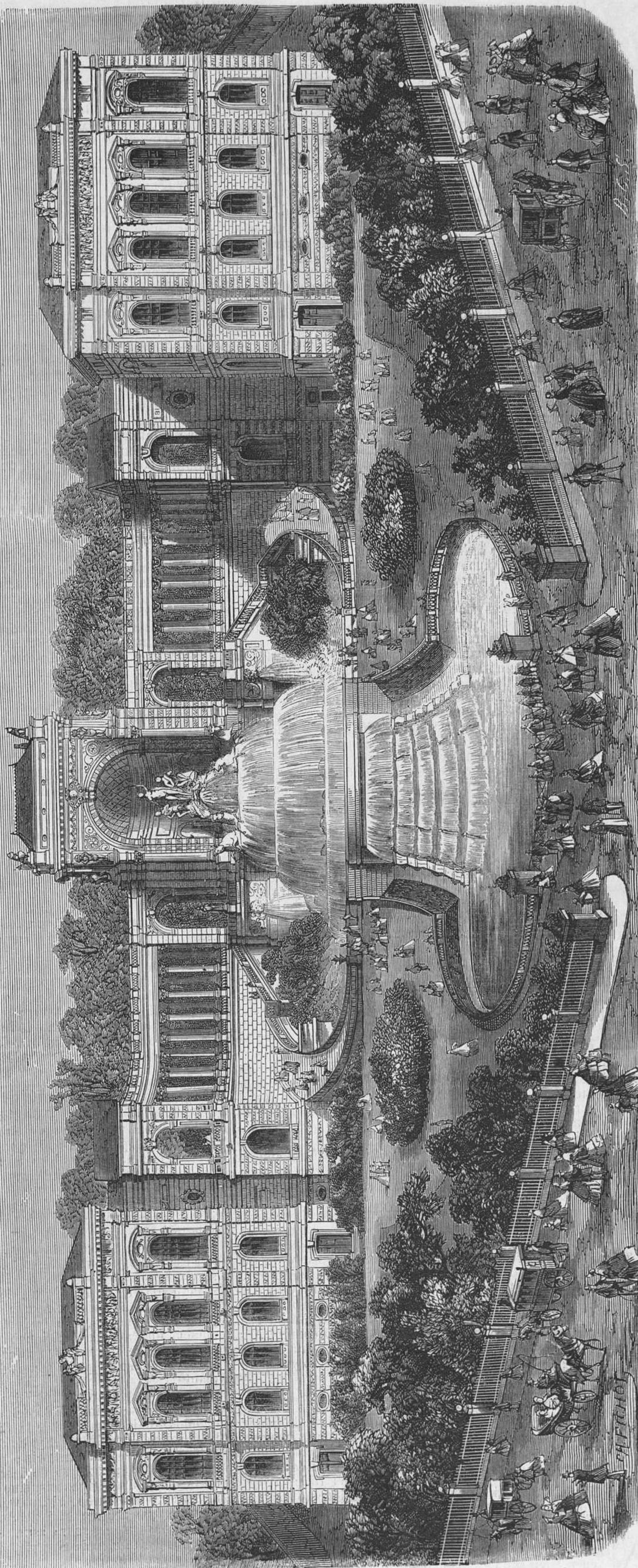
El lugar no podia haberse elegido con mas acierto. Situado en un barrio tranquilo, la construccion se encuentra en el eje de una via importante, y tiene para desarrollarse un gran terreno; además, está en las inmediaciones de un jardin público, el Jardin zoológico. Una sola objecion se ha presentado: ha parecido que el punto en cuestion quedaba lejos del centro de la ciudad, crítica poco fundada, pues no es preciso que un museo se halle nunca en el centro de una gran poblacion. Puede decirse, al contrario, que el aislamiento, la calma y el silencio son mas convenientes á las impresiones que el público va á buscar en un museo. En cuanto á lo lejos, se puede responder que los establecimientos de esta clase rara vez se visitan en los dias no festivos, y que para los visitantes ociosos no se debe sentir una exeursion que ofrece á la vez los atractivos de un bonito paseo.

Pero á todas estas ventajas incontestables se reunia una consideracion muy importante bajo el punto de vista artístico. Cuando la conclusion del canal que lleva las aguas del Durançe á Marsella, la administracion decidió que se elevaria un *Chateau d'eau* (arca de agua) en la planicie de Longchamp. Con efecto, hasta se colocó la primera piedra, y si se suspendieron las obras, es porque á los ojos de una administracion entendida y económica, le faltaba á la magnífica construccion un carácter de utilidad incontestable. La idea de reunir allí el museo de Bellas artes y las galerías de historia natural, daba al monumento un destino útil y grandioso que justificaba su importancia. El proyecto, estudiado diferentes veces, se adoptó definitivamente y se realizó, gracias á los nuevos estudios de un jóven arquitecto de gran talento y de un bello porvenir, á quien la ciudad de Marsella debe ya importantes obras, como verbigracia, la construccion del santuario de Nuestra Señora de la Guarda.

Como ya hemos dicho, el conjunto del monumento aparece enfrente del boulevard de Longchamp, y ocupa un vasto terreno en anfiteatro.

El gasto total de esta magnífica construccion se elevará á la suma de unos cuatro millones de francos.

P. P.



EMBELLECIMIENTOS DE MARSELLA. — Palacio de Longchamp.

## El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALOGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuacion.)

— Sea lo que fuere de la cuestion de tinterillos, es preciso que ni todos los del mundo valgan en favor de los ladrones de Vd. Yo quiero, señor Osman, que no dejemos escapar uno solo, ni perdonemos recurso para aprehender al que permanece oculto, y que si no me engaño es el mas importante; pues ese Mordedor que por casualidad han conseguido, no me parece sino un personaje muy subalterno.

— Esa captura que Vd. desea tanto se verifique, dijo el señor Osman, es muy difícil; y en cuanto á mí toca, no pienso agregar á mis pérdidas la molestia de perseguir á nadie: á mí me disgusta mucho la persecucion y soy muy inepto para perseguir.

— Puede Vd. confiar en mí, dijo Enrique, pues le ofrezco hacer todos los esfuerzos imaginables por adquirir indicios acerca de ese ladron; y espero hallar pronto algun dato que me guíe en la pesquisa que habré de hacer; y si hay quien me ayude, á buen seguro que no se saldrá con la suya.

Mientras Enrique pronunció estas palabras todas las señoritas entraron en la sala. Venian con aire de mucha sorpresa y con aspecto de agradable curiosidad.

Enrique creyó que Adelaida sin duda habia oido la filípica que acababa de proferir y venia á anunciarle la reconciliacion.

Así que dirigiéndosele muy afectuoso iba á continuar. Mas ella lo detuvo diciéndole con urbanidad:

— Permítame Vd... que quiero, continuó volviéndose á su padre, saber qué objeto trae una persona que sube ahora mismo la escalera y nunca habia venido á nuestra casa.

Enrique miró á Emilio como para hacerle notar que se trataba de otro amante.

— Es una mujer la que llega, dijo con disgusto una hermana de Adelaida, habiendo comprendido la mirada de Enrique.

En efecto, la nueva visita que iba á presentarse era lo que habia llamado la atencion de las señoritas, haciéndoles dejar el balcon, desde el cual, con no poca sorpresa, la habian visto entrar.

La persona que llegaba subió pues la escalera y se presentó en la sala.

Era la Cisne.

## XII.

### LAS CARTAS.

Todos quedaron en expectativa con tan inesperada visita.

Al llegar la Cisne á la casa del señor Osman no habia podido superar la impresion de respeto que se apoderaba generalmente de todos cuantos entraban allí: al contrario, fué para ella mucho mas grave y solemne á virtud del estado en que su sensibilidad se hallaba por el pensamiento de infamia que la atormentaba de continuo, por el contraste prolongado en que hacia tanto tiempo se veian colocadas su alma y su situacion y por el que debia ofrecerle el recuerdo del despreciable personal y del indecente mobiliario de la casa de la Daifa.

Así fué que se presentó en la sala del señor Osman con las mejillas sonrosadas y con mirada tímida y vacilante.

La presencia de tantas personas de honor y la vista de aquella elegancia, de aquella modestia tan noble, y sobre todo de unas jóvenes tan bellas, que aun cuando la miraban con bondad, le parecian un grupo de jueces severos que iban á hacerle el horrible cargo de estar envileciendo y profanando su sexo, todo esto acabó de desconcertarla y confundirla en términos de no atreverse á pronunciar una palabra ni á mirar otra cosa que á la tierra.

Enrique se imaginó en el momento que era él quien causaba tan visible turbacion, y aun llegó á temer que la Cisne fuese solo á buscarlo para sacar á plaza, por vanidad, el amor que en otro tiempo él la habia manifestado.

Todos esperaban que ella hablara y diera cuenta del objeto de su venida: mas continuaba callada sin atreverse á decir nada, porque le era además muy penoso pronunciar la palabra con que pensaba dar principio á su mensaje, á causa de que preveia pudiese sorprender y degradar á alguno de los circunstantes.

Por último, el señor Osman considerando que seria discreto ayudarle en semejante ocasion, le preguntó con acento de benevolencia el motivo que la traía.

— Yo vengo, contestó, á buscar á Emilio Castelví.

Esta era la palabra que tanto trabajo le costaba articular, pues aunque ignoraba cuál de los que estaban allí era la persona que buscaba, inferia que el nombre de un caballero delicado, como se imaginaba debia ser aquel, pronunciado por sus labios, en presencia de tantas señoritas, debia sonrojarlo y sonrojarla tambien á ella que ya apenas podia sonrojarse mas de lo que estaba.

Efectivamente, Emilio al oírse nombrar por la Cisne se encendió en extremo viendo que todos lo miraban sorprendidos; de modo que ella habria adivinado cuál era si hubiera alzado los ojos.

— Yo vengo, repitió luego la Cisne cobrando valor, á buscar al señor Emilio.

Adelaida entonces impelida no se sabe por qué motivo, contestó con viveza señalando á su amante:

— Aquí tiene Vd. al señor Emilio y puede mirarlo.

— Yo soy, dijo él con semblante de disgusto como para satisfacer á los que estaban presentes, y en especialidad á Adelaida.

— Traigo para Vd., dijo la Cisne, una carta que le envia un hombre que está en la cárcel.

A estas palabras don Juan que ya conocia á la Cisne y sabia la aventura de Santiago, se sorprendió creyendo que la carta era tal vez enviada por este; aunque no podia atinar cómo era posible semejante cosa.

Entre tanto Emilio tomó la carta, se acercó al bastidor para disimular su sorpresa y la leyó en voz baja.

Mientras leia expresaba su fisonomia el ánimo de un hombre que no puede comprender lo que está leyendo.

Acabada la primera lectura volvió á comenzar, manifestando continuar en la misma confusion y bajando con frecuencia los ojos á la firma.

Ultimamente se volvió con la carta en la mano diciendo:

— ¿Acaso puedo entender esta carta que me escribe Monterilla?

— ¿Con que te ha escrito Monterilla? exclamó riéndose el señor Osman.

— ¡Y qué! ¿Monterilla está preso? preguntó don Juan.

— ¿Luego es Monterilla quien escribe? preguntó la Cisne. Guárdese por Dios, caballero, de semejante hombre; algo muy malo contendrá esa carta.

Si Emilio no habia podido comprender la carta, menos pudo comprender la especie de energia que súbitamente manifestó la Cisne, para ponerlo en alarma contra un papel que ella misma traía y contra la persona que al parecer la enviaba.

En esta parte don Juan que ya habia oido igual recomendacion hecha á Santiago por la misma jóven, la comprendió algo mejor que Emilio.

El señor Osman entonces dirigiéndose á este le dijo:

— Pues bien: una vez que la carta no se deja entender, puedes leerla en alta voz, si no tienes inconveniente para ello.

Emilio obedeció leyendo lo siguiente:

« Señor Emilio Castelví.

» El asunto del robo que la otra noche se cometió en casa del señor Osman, me ha sido sumamente desagradable... lo mismo quizá que ha podido serlo para usted. Jamás me cansaré de repetir que este acontecimiento es muy lamentable. Mas... ¿qué hemos de hacer? Así son todas las cosas de este mundo.

» Yo me he encargado de la defensa del Mordedor, y tengo esperanzas muy bien fundadas de sacarlo con felicidad: por consiguiente me es preciso suplicar al señor Osman me dispense el que con tanto empeño trate de salvar á los que le robaron, en atencion á que cada uno vive de su oficio.

» Ya tengo segura la libertad del otro, que como usted sabrá es un tal Santiago...

— ¿Cómo es eso? interrumpió don Juan. Ahí está consignada una calumnia horrible contra ese pobre inocente. ¿Y así se atreve el mismo que debia justificarlo, á poner en duda la inocencia de su defendido, complaciéndose en excitar sin necesidad sospechas maliciosas?

— Pues como Vd. lo oye, dijo Emilio continuando su lectura:

« Ya tengo segura la libertad del otro, que como usted sabrá es un tal Santiago; y si Vd. me ayuda, como creo debe ayudarme, el Mordedor aunque mas tarde será salvo igualmente y yo ganaré un nuevo lauro. Sin embargo, esto toca á Vd.: yo he garantizado al reo la defensa mas espléndida, en la confianza en que estoy de que usted lo hará todo, bien que me reservo dirigirlo como mas diestro; pues segun creo Vd. entiende muy poco de estas cosas. ¡Ah! si Vd. supiera, como bien pronto lo sabrá, el modo con que estoy seguro de defender al Mordedor... No obstante, todavia no se lo comunico, á pesar de la seguridad que tengo de que no seria necesario encargarle el secreto, pues bien sé que lo guardaria fielmente su mucha discrecion.

» Hasta hoy no he podido lograr mas á favor del Mordedor que el permiso de salir todas las noches, á cuyo efecto él ha tenido que empeñar su palabra de honor, obligándose á volver á la cárcel á las tres de la mañana, como se acostumbra en la práctica, para no comprometer al carcelero. Mucho ha sido esto para mi defendido, porque él dice estima mas la libertad en tinieblas que no la libertad en la luz, pues en su concepto es muy dudoso merezca esta el nombre de verdadera libertad; así es que con esto no mas, se adelanta mucho para la defensa. Me parece que Vd. será de la misma opinion; pero si no fuese así, ahí deliberaremos lo que mas convenga, siguiendo en todo, como pienso hacerlo, su pa-

recer, sin perjuicio de que Vd. haya de seguir el mio.

» Si me ayuda, como repito creo que me ayudará, será recompensado; pero si no, lo que no puedo suponer, Vd. me permitirá que le advierta será castigado como corresponde, pues el Mordedor dice que éles muy justo, y sabe y le gusta recompensar y castigar.

» Como Vd. es un señor tan orgulloso que no puede uno hablarle cara á cara ni detenerlo en la calle porque va siempre de mucha urgencia, me he visto en la necesidad de escribirle: en adelante Vd. me buscará para tratar de nuestros negocios, pues yo estoy ahora muy ocupado y lleno de clientes demasiado importantes para estar perdiendo el tiempo en escribir cartas todos los dias.» — MONTERILLA.

— Ese es un monton de disparates, dijo el señor Osman. ¿Acaso tú eres abogado para mezclarte en defender á ningun reo? Puede esto ser una equivocacion: mira bien el sobrescrito.

— Es para mí, dijo Emilio; en eso no cabe duda.

— En mi concepto, dijo la Cisne, esa carta es bien temible y alarmante: yo la he oido con disgusto y desde el principio he creído que el señor Emilio debe guardarse de esos dos hombres, es decir, del reo y de su defensor.

— Y al llegar al fin, repuso Adelaida, yo he comprendido que tambien debe guardarse del castigo y de la recompensa que le ofrecen.

— Sí, dijo la Cisne; pero mas particularmente debe guardarse del defensor.

— Quizá no será otra cosa, expuso don Juan, sino que Monterilla sabiendo que el doctor Témis aprobó su nombramiento de defensor de Santiago, quiere excitar á Emilio con esa carta para que le hable, á fin de que ambos le ayuden en la defensa del otro.

— Bien puede ser eso, contestó Emilio.

— No, dijo la Cisne poniéndose colorada: yo estoy persuadida de que esa gente se propone algun fin funesto que empieza á prepararse en ese audaz papel.

— ¿Qué fin mas funesto, repuso el doctor Témis con aire de sumo disgusto, que el salvar á un criminal? Yo creo además, que para ese indigno fin se proponen emplear medios mas funestos todavia.

— ¿Qué importa? dijo Emilio: nada tengo que ver ni con Monterilla ni con el Mordedor.

Don Juan con esta conversacion se iba alarmando mas y mas, no fuese á suceder que Santiago, que por entonces sí tenia que ver con Monterilla, quedara envuelto en alguna intriga tenebrosa: así, volviéndose á la Cisne,

— ¿No le ha dado Monterilla, le preguntó, algunas explicaciones sobre el particular?

— No, señor, y ni aun ha sido Monterilla quien me ha dado este papel.

— ¿Quién se lo entregó entonces? dijo Emilio.

— El Mordedor: este me mandó llamar, yo fuí y lo encontré muy alegre cuando naturalmente era de creer estuviese afligido. — Ya ves que no estoy triste, me dijo; porque Monterilla se ha encargado de defenderme y me ha asegurado sacarme muy bien aunque no sea tan pronto como yo querría. Así es que el partido á pesar de eso me ha parecido ventajoso; pues tenia para mí desde que me prendieron, que seria preciso ir por algunos años á un establecimiento de trabajos forzados. Me dijo despues que era preciso que yo le prestase un servicio, porque tenia un documento que Monterilla le habia dado, diciéndole ser de prodigiosa eficacia si lo traian oportunamente á casa del señor Osman para que llegase á manos de su dependiente cuyo nombre me repitió estaba en el sobrescrito, haciéndomelo leer porque á él se le habia olvidado. Con esto me dió la carta mandándome viniese con ella inmediatamente y le llevase la contestacion para dársela á Monterilla. Yo que estoy en la necesidad de obedecer, he obedecido; pero creo reparar mi desgracia con la satisfaccion de repetir al señor Emilio, que Monterilla es muy malo y que debe precaverse de él.

Para todos, excepto quizá solamente don Juan, se redobló el misterio con estas palabras de la Cisne; pues no pudiendo persuadirse de que las decia con sinceridad, se inclinaban mas bien á creerlas como un artificio que formaba parte integrante de su extraño mensaje.

El doctor Témis tenia de costumbre en casos semejantes, usar del interrogatorio tan útil contra la mentira y la mala fe.

Así fué que no se detuvo en reconvenir á la Cisne por ese lenguaje tan adverso á las personas á quienes servia.

Pero ella que no llevaba un doble objeto en sus expresiones ni podia referir su historia, se limitó á responder con energia, que le bastaba saber en su conciencia que á nadie traicionaba y que solo pretendia justificarse de que la viesan mezclada en un asunto que sabia muy bien no podia menos de ser en extremo infamante.

Con esto quedaron cumplidos á la vez dos objetos muy distintos; el inmediato del doctor Témis, persuadiéndose de la sinceridad de la Cisne; y el de Monterilla, haciendo resolver á Emilio á que lo buscara para hablarle sobre aquel negocio; pues efectivamente se sentia ya este tan ansioso de descubrir cuanto habia en tal misterio, que no pensaba sino en salir á la calle para buscar á Monterilla, sin prever las funestas consecuencias que acarrea casi siempre al hablar con los malos, mayormente sobre asuntos en que no tiene sobre ellos por la ciencia el carácter ó la versacion en el mundo una grande superioridad, de la que en el presente caso carecia Emilio respecto de Monterilla, pues

sobre ser muy inexperto por su juventud, no conocía la jurisprudencia ni el enredo curial.

Con el designio, pues, de instruirse á fondo del objeto que tenía la carta que acababa de recibir, se resolvió á despedir á la Cisne, diciéndole que nada tenía que contestar; pero que en breve trataría de verse con Monterilla para hablarle sobre el particular.

En esta virtud la Cisne iba á retirarse; mas el doctor Témis la detuvo.

Es verdad que ninguno de los que allí estaban había podido hacer conjeturas satisfactorias sobre aquel misterio; pero ninguno tampoco había sufrido, al oír la lectura de la carta, en algo que le fuese muy sensible al corazón.

Solamente el doctor Témis se había mostrado desde que oyó tal papel, como devorado por una pena muy fuerte, y como determinando alguna resolución muy delicada.

Era el único en quien aquel documento había herido su pasión dominante, el amor de la justicia.

Por eso cuando la Cisne se iba por haberle dicho Emilio que nada tenía que contestar, volviendo de su abstracción y levantándose súbitamente del asiento, la detuvo como se ha dicho, repitiendo:

— No se marche Vd., que si Emilio no contesta yo contestaré á esa infame carta, si él lo permite; y si no haré el honor á Monterilla de escribirle yo mismo, no una carta, sino una intimación: y Vd. tendrá la bondad de llevarle lo que escriba.

Y sacando del bolsillo su cartera se sentó á la mesa redonda que estaba en el centro del salón, y se puso á escribir con su lápiz muy aprisa.

Veíase tan sereno en aquel acto, tan arrogante y tan noble, que todos sobrecojidos de respeto guardaban un profundo silencio. A lo más se oía el pequeño ruido del sofá cuando alguno hacía un ligero movimiento para ponerse en actitud más solemne.

Emilio con esta circunstancia empezó á sentirse invadido de un terror que no podía explicar: le tenía miedo al doctor Témis y á su pluma, no obstante ser amigos. Adelaida miraba á Emilio muy asustada, y por primera vez sus miradas se encontraron sin aquella expresión que antes, cual si se viesan al lado de una tumba ó les pronosticara el corazón alguna desgracia; pues á Adelaida le parecía ver á Emilio en un peligro grave de que ni ella ni nadie tenía poder de librarlo, y esto tanto en la recompensa que prometía Monterilla, como en el castigo con que lo amenazaba.

La carta de este y la que escribía el doctor Témis se les presentaban á la imaginación como dos esqueletos embozados que iban á descubrirse para dejar ver algún secreto fatal, tal vez en el uno, según la idea que la Cisne acababa de darles de Monterilla, la infamia, la maldición, el crimen, ó el puñal y la muerte: en el otro, y por el conocimiento que tenían del doctor Témis, una providencia severa, un poder tremendo que fulminaba execración sobre el que toleraba la afrenta.

Bien pronto concluyó el doctor Témis, y levantándose del asiento, leyó lo siguiente:

« A Monterilla.

» Emilio Castelví es un hombre de honor á quien la moral no permitirá jamás que manche su conciencia profanando la justicia y violando las leyes. El desafía pues cuanto en el mundo pueda combatir la virtud, porque no teme la muerte y desprecia la desgracia. Y mientras goza la satisfacción de provocar ese castigo con que se ha tenido el arrojo de amenazarlo, y persigue con tenacidad al cliente criminal de Monterilla y á su cómplice oculto, procure merecer el digno defensor de estos, el perdón del insulto que ha hecho obligando á un hombre honrado á que descendiera, aunque por un instante, á leer un documento criminal. Hé aquí la única ayuda que un hombre de bien puede ofrecer, cualesquiera que sean los resultados, al que neciamente intenta complicarlo en el delito. »

Emilio sintió, cuando leía el doctor Témis, que el aire se le hacía ligero, y que salía de un abismo á que por un momento había bajado cuando pensó dirigirse á Monterilla para pedirle la explicación de un arcano á cuyo aspecto había tenido la debilidad de asustarse. Adelaida, por el contrario, se sintió más confundida, y casi iba á llorar repitiendo dentro de sí misma: *Emilio desafía cuanto en el mundo puede combatir la virtud, porque no teme la muerte y desprecia la desgracia... Emilio provoca ese castigo con que se ha tenido el arrojo de amenazarlo.*

La Cisne admiraba al doctor Témis, y se olvidaba de que por las circunstancias en que ella se encontraba, debía sentarla mal todo lo grande; el señor Osman y don Juan confiaban en aquel hombre y en la honradez de Emilio; y Enrique se imaginaba que si Adelaida y la Cisne no lo miraban, era porque estaban celosas una de otra.

El doctor Témis dobló el papel y se lo entregó á la Cisne, suplicándole lo llevase como respuesta de la carta de Monterilla que el Mordedor le había dado para Emilio.

### XIII.

#### LA PROTECTORA.

La Cisne salió con la carta del doctor Témis en la mano y se encaminó para la cárcel á llevársela al Mordedor.

Muchas veces un acontecimiento que acaso es mirado

con indiferencia por las personas sobre las que recae directamente, hace una impresión profunda y prepara largas y extraordinarias consecuencias en aquellos á quienes menos se cree pudiera importar, y ni aun siquiera llamar la atención.

Así acababa de verse que sucedió con la carta de Monterilla en el doctor Témis, y así también sucedía con la carta del doctor Témis en la Cisne. Esta iba andando por la calle cabizbaja y triste, sin poder apartar de su memoria aquellas palabras que tanto eco habían hecho igualmente en Adelaida y que ahora iban escritas en un papel que acababa de recibir de una mano noble para depositarlo en otra inmunda y despreciable: *Emilio desafía cuanto en el mundo puede combatir la virtud, porque no teme la muerte y desprecia la desgracia!*

— ¡Cuán grande, decía la Cisne dentro de sí misma, y andando lentamente, cuán grande ví á aquel hombre cuando leía estas palabras! Hasta la luz de ese hermoso salón me pareció entonces que era inteligente, que las comprendía y las aprobaba; y los elegantes muebles que la adornan, parecían ufanos de decorar un recinto donde yo en mi alma, qué felicidad tan rara, cuando me aplico á mí misma esas palabras; pues creo que puedo aplicármelas! Sí: yo también debo desafiar la adversidad y la muerte... yo las desaffo. Como que se encuentra detrás de esta arrogancia un punto de apoyo que sostiene; una silla donde descansa el valor; ese punto de apoyo me parece ser la fortaleza, la inocencia y la gloria. ¡Oh, y qué grande es el que no teme la muerte y desprecia la desgracia! Yo me creo feliz ahora, me siento valerosa; hasta experimento en mi corazón la arrogancia del orgullo. Yo que iba á desfallecer... No: nunca... ¿Desfallecer? Eso no puede servir de apoyo á un alma grande. ¿Morir inocente?... Eso sí... Cuando al principio me dije á mí misma: « Estás sola en el mundo: es preciso vivir y tienes que buscar esa vida de cualquier modo, » no hice más que deslumbrarme con una necesidad falsa, para dar el primer paso en la carrera de la humillación. ¡Insensata! No conocía que esas palabras habían de conducirme por fin á la resolución de comprar la vida con la virtud, de dar un precio inestimable por una existencia incompleta. El que dice *es preciso vivir*, profiere un pensamiento vulgar que compendia la flaqueza y el error humanos, pues lo único que es siempre necesario, es morir; y el acierto y la fortaleza estriban en morir inocente, no en vivir sin virtud, en dejar tras de sí la gloria. ¿Qué se gana en conservar una vida que mañana ha de acabarse, si para ello es necesario, aunque sea solo hacer dudoso el honor? ¿Qué es hoy para mí ese honor, sino una satisfacción para mi alma tan invisible como esa misma alma? Nadie me honrará á mí, sino solo mi conciencia; mas es preciso que nos honre también la sociedad. ¿De qué sirven mis esfuerzos para conciliar mi existencia con la conservación de la virtud, si á fuerza de ser difícil esa conciliación, es tan increíble en una débil mujer á quien además han echado encima el vil atavío de esos entes deshonrados? No: solo la muerte puede ya rehabilitarme: mi inocencia exige para brillar y ser reconocida y respetada, un sacrificio heroico... Que me mate, pues, la miseria; pero no la afrenta. Luisa desafía desde ahora la desgracia y la muerte. Hoy mismo me despojaré de estos vestidos que diariamente maldigo, y huiré de esa guarida donde se maldice la virtud, al lado de mi corazón que está maldiciendo el vicio: no volveré á entrar á esa cárcel á hablar con un hombre infame á quien hasta ahora he dado lugar á que se titule mi protector: yo no tengo más protector que yo misma; en este momento debo comenzar á salvarme. No, no volveré á esa guarida, ni entraré mas á esa cárcel: esta carta no llegará á su destino... Pero ella es quizá muy importante. Sin embargo, ¿á mí qué me importa? ¿tengo yo alguna importancia para los demás? Con todo... El hombre que la escribió parece ser de los que no hacen nada inútil: él me pidió como un favor que la entregase: hubo un momento en que me miró con respeto... Bien: llegará á su destino esta carta, pero no es preciso para ello que yo misma entre á la cárcel: puedo buscar uno de esos agentes de la policía que hay siempre á las inmediaciones de aquel lugar: él se encargará de llevarla, que pague ese servicio uno de los primeros despojos de mi vestido: esta corbata que llevo al cuello puede compensarlo muy bien. Mas es menester cerciorarme de que la carta es entregada, porque quiero satisfacer la esperanza que en mí se ha depositado.

Cuando ocupaban á la Cisne estos últimos pensamientos, llegó á la plaza tan penetrada de su definitiva resolución, que efectivamente empezó á buscar con quien remitir la carta por no entrar á la cárcel.

Pocos momentos tuvo que aguardarse para encontrar alguna persona que se hiciera cargo del papel; pues no era difícil hallar quien por el interés de la corbata le prestase ese servicio que ella tuvo que pagar adelantado quitándose el pañuelo y entregándolo junto con la carta al nuevo portador.

Esta acción fué observada por el doctor Témis, que habiendo salido de la casa del señor Osman pocos momentos después que la Cisne, llegó al altozano de la catedral casi al mismo tiempo que ella llegó á la plaza. Él se quedó en el altozano paseándose solo, porque en aquella hora, que sería como la una del día, hay en ese sitio una especie de reflujo curial, en cuya virtud queda despejado.

Era un bello día; y mientras se paseaba, reflejaban allí los rayos de un sol brillante y agradable que convidaba al campo, al paseo y á la libertad.

Luego que la Cisne envió la carta se quedó parada en la esquina como para persuadirse de que el portador

sustituto á quien seguía con la vista, entraba á la cárcel y la entregaba, y esperaba á que saliese para recibir razón cierta de haber llegado á su destino aquel documento.

La Cisne desde la esquina donde estaba veía al doctor Témis paseándose en el altozano, y le molestaba algún tanto la sospecha de que hubiese visto que no era ella misma quien llevaba su carta, como se lo había ofrecido, sino que la había confiado á otras manos en las que podía correr algún peligro, pues ni aun estaba sellada. Mas el doctor Témis se mostraba tan distraído y parecía tan pensativo, que ella se tranquilizó por fin, persuadiéndose de que ni aun era vista por este señor, que solo levantaba la cabeza de cuando en cuando al llegar al uno ó al otro extremo del altozano, y al volverse para repetir su paseo, sin cuidarse de lo que pasaba por la plaza.

Al cabo de un rato se vió salir á la puerta de la cárcel á la Daifa acompañada del gendarme á quien la Cisne había encomendado la carta.

La Daifa había ido á llevar de comer al Mordedor y estaba, por tanto, en el rastrillo cuando el gendarme llegó. Era ella una mujer de cuarenta á cincuenta años de edad, y su estatura de las más altas para su sexo; pero en cambio excesivamente seca y descarnada. Casi siempre andaba con una ruana parda que se ponía por encima de la mantilla, la que por tanto, quedaba en la cabeza una especie de capucha que le daba un aire muy desagradable y siniestro, particularmente cuando, como en el caso de que se habla, estaba sin sombrero.

Al instante que llegó á la puerta de la cárcel dirigió una mirada por uno y otro lado como si buscara con los ojos á la Cisne: el gendarme bajando el umbral y haciéndose hácia la mitad de la calle, le evitó las dudas á que la distancia y la escasez de vista podían haberla expuesto, mostrándole con el brazo la persona á quien deseaba ver.

Entonces ella con aire feroz, se encaminó donde la Cisne que muy asustada se vió en la precisión de esperarla y aun de salirle al encuentro, no obstante que preveía el cargo que se le iba á hacer, para el cual no se le ocurría respuesta satisfactoria.

Al llegar la Daifa donde la Cisne, la dijo gritando y tomándola del brazo:

— ¿Con que así te has atrevido á regalar á un alguacil mi lindo pañuelo, que ni yo misma he querido usar por conservarlo mas tiempo? ¡Una finca como esa ir á regalarla, nada mas que por la gracia de llevar una carta! ¡Qué! ¿No podía la niña haberla llevado, eh? ¿Con que ya no puede entrar á la cárcel una muchacha como tú? ¿no entro yo todos los días y he entrado toda mi vida? Adelante, bien mio: vamos para casa, que allí veremos si me pagas mi hermoso pañuelo.

Como la Cisne había caminado ya mucho aquella mañana, bajando desde la guarida hasta la plaza, subiendo á la casa del señor Osman y volviendo á bajar, no tenía ya muchas fuerzas para emprender con gran brio la larga subida hasta mas allá de la ermita de Egipto, adonde muy aprisa la hacía caminar la Daifa llevándola siempre por el brazo.

Así que cuando empezó á subir la calle del Coliseo, ya la fatigada jóven iba sudando de cansancio y de temor, y su respiración era ansiosa y difícil: mas no podía oponer resistencia alguna por no llamar la atención, que antes bien trataba de eludir rogándole á su conductora no alzase tanto la voz en lo que le decía y le evitase así la horrible vergüenza que le hacía pasar con su escándalo. Pero todo era en vano, pues la Daifa sin hacerle caso seguía diciéndole á gritos:

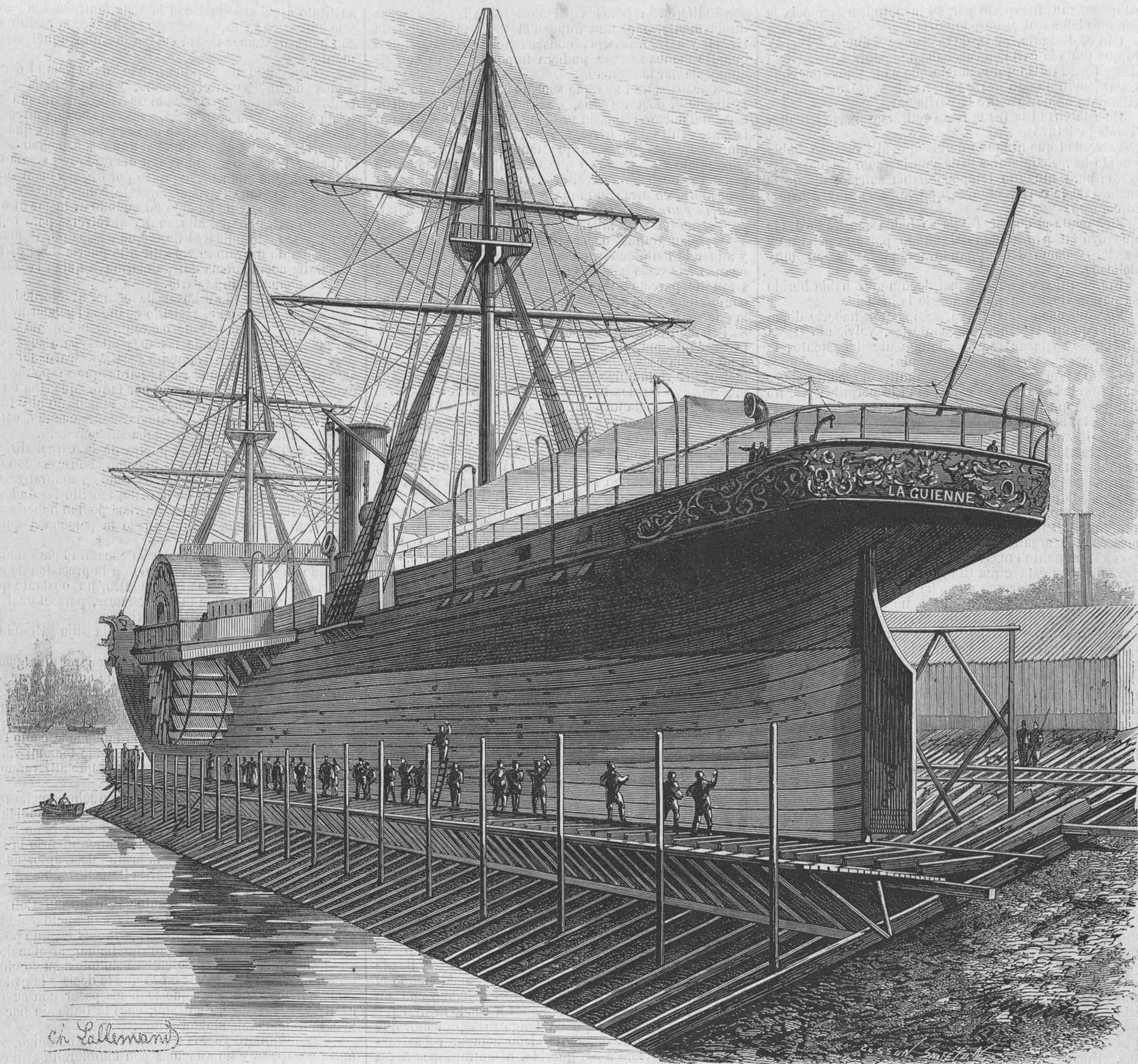
— Ya te quitaré yo los remilgos: sigue conmigo, vamos mas aprisa y no andemos con temblorillos ni con reprimir llantos, ni con esos arrumacos. Adelante, bien mio, que el resistero no está para ir uno ojobando cargas, y ya me desespero porque me pague mi pañuelo la remilgada cuanto antes. No faltaba mas que tener que dar una prenda á cada momento que se ofrezca que la señorita vaya á la cárcel: ¡quedábamos lucidos! Y como nada le cuesta lo regala todo como si no valiera un comino. ¿Sabes, continuó despues de haber subido muchas cuerdas y cuando ya casi nadie podía oírlos, que he resuelto quitarte á toda costa esa maldita arrufada que me condena? ¿Sabes, le repetía, que estoy ya muy cansada de sufrírte y que no habré de aguantarte mas delicadesas? Hoy se ha de saber en casa que cada cual es preciso que trabaje para comer, pues el tiempo no está para mantener ociosos que lindos que feos, y yo trabajé mucho cuando era moza como tú.

Entre estas y otras sempiternas amonestaciones, la Daifa subió muchas cuerdas sin cesar un instante de hablar á gritos, hasta que su voz con el cansancio se fué debilitando poco á poco: mas no por eso dejaba de andar con la mayor celeridad que permitía lo pendiente de las calles.

Ya no podía casi hablar, y se sentía también sin fuerzas para seguir subiendo; pero la cólera que la animaba no la dejaba flaquear por no dar lugar á la Cisne para que descansase ni un instante siquiera; apenas podía jadear ya la rabiosa Daifa que en su prurito de hablar solo tenía fuerzas para refunfuñar ó para decir una que otra palabra cortándola en cada sílaba mientras acesaba con dificultad.

Sin embargo, continuaba sin detenerse subiendo las últimas cuerdas que desde abajo se ven, como si fueran mas bien un plano empedrado que pendiente desde la mitad del cerro viene á apoyarse en la base y á alguna distancia mas ó menos considerable de ella.

En tanto la Cisne llorando, con la mantilla por el cuello y el cabello descompuesto á causa del violento ejercicio que hacía, solo deseaba ya que esa fatiga cruel



BURDEOS. — Nuevo sistema de carenero establecido en el puerto.

la ahogase antes de llegar á la odiosa morada, y la librase para siempre de su protervo destino.

Pero muy distante le pareció la satisfacción de ese deseo cuando por último se vió, aunque exánime y palpitante, en la plazuela de Egipto. No pudo, con todo, prescindir allí de suplicar de nuevo á la Daífa que le permitiera reposar un instante.

Mas esta, siguiendo su camino y mirando á todas partes para cerciorarse de que nadie podía verlas, le contestó con una especie de benevolencia irónica:

— ¿Con que quieres respirar cuando es mas urgente corregirte primero? Por mas que te haya dado hoy ese antojo de respirar, voy á aplicarte un remedio ahora mismo cuando llegemos á casa, la que afortunadamente está bien escondida para que nadie pueda interrumpirnos.

(Se continuará.)

### Puerto de Burdeos.

#### NUEVO SISTEMA DE CARENERO.

Entre las mejoras mas importantes que se han introducido recientemente en el puerto de Burdeos, conviene

citar en primera línea el establecimiento de la *cale de halage en travers*. El Estado, la Compañía de las Mensajerías, el Tribunal de Comercio y los principales armadores de Burdeos, convencidos de la insuficiencia de los instrumentos de carenaje que posee el puerto, tratábase hacia tiempo de reemplazarlos con aparatos mas perfectos, mas en armonía con las nuevas necesidades del servicio marítimo, capaces, en suma, de recibir los buques de mucho calado y hasta los trasatlánticos del Brasil.

En tal ocasión MM. Moulinié y Labat, constructores marítimos de Burdeos, han establecido la gran *cale de halage en travers* que representa nuestro dibujo, según el sistema imaginado por M. T. Labat, ingeniero de la marina imperial, y que ya ha aplicado con buen éxito en los astilleros de la *Compañía del Océano*.

Sabido es que para acarrear un buque que necesita reparaciones, se le coloca sobre un trineo dispuesto de modo que resbala sobre un plano inclinado por medio de diversos sistemas de tracción mas ó menos perfectos; pero en todos los aparatos usados hasta el día el buque entraba á lo largo, de modo que tanto para quedar en seco como para salir á flote resultaba un movimiento de balance muy pronunciado, esto sin contar con que habia que dar al declive del carenero un desarrollo considerable. El aparato de M. Labat está preparado de manera que el buque sube á lo ancho.

Con esto se comprenderá que el largo del carenero es menor y que los gastos de introducción se reducen mucho. Calculando la inclinación del plano por el peso de los buques de mayor porte, á fin de que la maniobra

se ejecute sin muchos esfuerzos y dando al carenero una anchura suficiente para que pueda recibir á la vez varios buques de menores dimensiones, se posee un sistema perfecto. Una vez encontrado este sistema, ya solo faltaba dividir la anchura del carenero en varias porciones que pudiesen funcionar *aisladamente* para el caso en que se tratase de carenar buques de dimensiones ordinarias.

La maniobra del aparato Sabat es mas fácil y menos costosa que la de todos los aparatos que se usaban antes, y además es sencillísima. Ponen el buque sobre un trineo colocado á una profundidad calculada, según su calado de agua, y luego por medio de unos engranajes, hacen recorrer al trineo el espacio necesario para que se quede en seco el buque que sostienen con correderas y otros accesorios. Así elevan el buque sobre su trineo á lo largo del plano inclinado, á lo ancho; pueden adelantarlo ó hacerle retroceder sin dificultad alguna, y cuando al fin le tienen á la altura apetecida, no hay mas que apuntalarlo para que se mantenga en posición.

Aunque he tratado de evitar los detalles técnicos, creo haber dicho lo bastante para dar una idea del ingenioso sistema de carenero introducido en Burdeos, que ha merecido recompensas en diferentes exposiciones nacionales y extranjeras.

C. DE L.